

MARK M.

Quando
menos
lo
esperaba



Cuando menos lo esperabas

Mark. M.

Título: *Cuando menos lo esperaba*

©Mark M.

Primera edición: octubre 2017

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



Capítulo 1

Mi último día de vacaciones y estaba obligada a ir a la boda de mi prima, cómo si me gustaran lo más mínimo las historias de amor. Había dejado de creer hacía muchísimo tiempo en las historias de las películas románticas, solo eran estupideces que no pasaban en la vida real.

Había tenido relaciones sentimentales, por supuesto, pero ya no sabía bien si era por mi o por las ranas que me encontraba, nunca salían bien. Estaba harta de oír frases como “no es por ti, es por mí”, “necesito tiempo “, “ya no siento lo mismo”, me aburrían en exceso.

Me había centrado en lo que es mejor para una mujer, usarlos y tirarlos. Reconozco que tampoco tenía el listón demasiado alto, pues para lo que me duraban, con que me dieran placer me sobraba. Una de mis reglas principales era no repetir más de un par de veces con el mismo en la cama, no me interesaba que nada de lo que teníamos fuera a más en ningún momento.

Y allí estaba yo, viendo cómo se besaban sentados en su mesa por las súplicas de los invitados.

- Podrías alegrarte un poco, Tania – reclamaba mi madre mientras me daba un codazo en el brazo.

- Sabes que me aburren demasiado estas cosas...

- Es tu prima, hazlo por ella.
- Si tú lo dices...

Puse los ojos en blanco y me limité a aplaudir lo mejor que pude. No había visto a mi prima en años y no es que no me alegrara por ella, pero es que me

parecía muy falso estar allí como si su boda me hiciese la mujer más feliz del universo.

– Ponle ganas, nos están mirando – mi padre a veces se ponía igual de insoportable que mi madre.

– Dejadla, ya la conocéis – dijo mi hermana Ruth.

La miré y nos sonreímos mutuamente, al menos ella sabía dejarme vivir a mi aire. No es que fuéramos muy parecidas en cuanto a la forma de ver la vida, pero nos había ido igual de mal en el amor. Mi madre siempre decía que no éramos lo suficientemente complacientes, pero la época de soportar a un hombre por que sí ya había pasado y no estábamos dispuestas a soportar muchas cosas.

– Mamá, necesito irme....

– ¿No puedes esperar un rato? – sabía que estaba cansada de mí.

– Vuelvo mañana al trabajo y quiero descansar... – no sabía cómo quitarme de en medio.

– Si, mamá... – dijo Ruth apoyándome – yo también me aburro profundamente...

Mi madre miró a mi padre, quien ya resoplaba sin remedio.

– No sé qué más hacer con tus hijas, Raúl...

– Déjalas que se vayan, los culpables somos nosotros por traerlas.

– En eso tienes razón – afirmé.

Ambos clavaron los ojos en mí, me di cuenta que mi comentario no les había hecho mucha gracia.

– Iros sin que os vea demasiada gente, ahora que se ponen a bailar no se dan cuenta.

– Gracias, mamá – me acerqué y le di un beso en la

mejilla.

– No tenéis remedio... – suspiró mientras bebía vino.

Reconozco también que no habíamos sido las hijas ideales y que siempre poníamos excusas para no asistir a los eventos familiares, pero es que nos aburrían demasiado.

– Vayámonos antes de que se arrepienta – dijo riendo mi hermana Ruth.

Nos levantamos disimuladamente de la mesa y nos dirigimos hacia la salida. Cada paso que daba me liberaba más de aquella jaula en la que me sentía metida.

– Entonces, ¿vuelves mañana a la revista a trabajar, Tania?

– Si... se me acabó lo bueno... tengo que volver a editar textos y seguir haciendo test para adolescentes...

– Alégrate, te pagan por estar sentada corrigiendo y tomando café – Ruth le veía siempre el lado bueno a las cosas, no era como yo.

– Si lo dices así... y tú ¿qué?

– Sigo estudiando, por ahora paso de trabajar – respondió mientras nos montábamos en el coche.

– Entonces, vas a seguir viviendo de mamá y papá...

– Tú también vives en casa, no sé si se te ha olvidado.

– Espero irme pronto – nunca les había comentado la idea de irme a vivir sola, pero estaba decidida a buscar piso.

– ¿Piensas mudarte? – preguntó asombrada.

– ¿Piensas que voy a vivir siempre con vosotros?

- Bueno, resérvame una habitación para mí y para mis ligues – reía a carcajadas.
- Eso no te lo crees ni tú.

Llegamos pronto a casa, por la noche la carretera estaba prácticamente vacía. Me tiré en la cama y encendí el ordenador, quería relajarme antes de dormir. Normalmente, cuando estaba en internet, me metía en páginas webs de citas con distintas personalidades y me ponía a tontear con los chicos que encontrase. Era una forma de pasar el tiempo y lo reconozco, también de reírme de ellos.

Pero aquella noche pasé de eso, lo único que quería era escuchar música hasta quedarme dormida, al día siguiente empezaba de nuevo mi rutina.



Capítulo 2

El despertador sonó en varias ocasiones pero no quería moverme de la cama. En el fondo me gustaba mi trabajo, pero disfrutaba mucho más teniendo todo

el tiempo el mundo para mí misma.

En mi mes de vacaciones no hice absolutamente nada. Me dediqué a ir a la playa, salir de fiesta y tirarme a unos cuantos idiotas que me encontré por ahí. Mi madre procuraba controlarme pero yo ya le había cogido el gusto a la vida loca.

– Si no vas a despertarte, apágalo – mi hermana abrió la puerta de la habitación y me tiró una almohada a la cabeza.

– Está bien, ¡ya voy!

Mi humor no era muy bueno recién despierta pero el de Ruth era insoportable. Tenía el oído súper fino y hasta el sonido de una mosca la despertaba del más profundo de sus sueños.

Me levanté a toda prisa, como siempre, llegaba tarde. Mi jefa, Susana, ya me conocía de sobra, llevaba años trabajando para ella, pero no me gustaba abusar de su confianza y llegar a la hora que me diese la gana.

– Al menos desayuna – mi madre sabía que no tenía remedio.

– Sí, no te preocupes...

Cogí un croissant y salí corriendo hacia el trabajo. Mi padre se había jubilado hacia algunos años y ya no usaba su coche, así que tenía la ventaja de contar con él y poder movilizarme por la ciudad sin presiones de autobuses o el metro.

Era una odisea aparcar en el centro, todo era un absoluto caos las primeras horas de la mañana. Susana me había prestado una de las plazas de garaje del edificio, así que era todo un alivio para mí.

Entré en el parking pero un coche azul ocupaba mi puesto, inmediatamente entré en cólera. Llamé furiosa a Susana, no estaba dispuesta a pasarme horas buscando aparcamiento por allí.

– ¿Si? – Respondió mi jefa al otro lado del teléfono.

– ¿Quién ha aparcado en mi plaza?

– Buenos días a ti también, Tania – su sarcasmo era evidente.

– Llego tarde, no tengo tiempo para...

– Cuéntame algo que no sepa... – me interrumpió – mira, Tania, te voy a colgar, vas a volver a llamarme y vas a saludar como es debido.

Susana me colgó y mi rabia subió de nuevo. Respiré profundo varias veces, no estaba bien que le contestara mal, sobre todo teniendo en cuenta que mi sueldo estaba en sus manos.

– ¿Si? – Volvió a responder Susana cuando la llamé de nuevo.

– ¡Buenos días! – se notaba que no era sincera.

– Buenos días, Tania – respondió.

– Susana, una pregunta, ¿Quién ha sido el maravilloso ser que ha aparcado en mi plaza de garaje?

– Tu becario, que por cierto, lleva media hora esperándote.

– ¿Perdona? ¿Desde cuándo tengo becario? – No daba crédito.

– Desde hoy y desde que me obliga el ayuntamiento, así que sube que tienes mucho trabajo que hacer.

El día no había empezado nada bien. No tenía suficiente con ocuparme de mi trabajo que tenía que estar enseñándole a otra persona en qué consistía todo y ocuparme de su bienestar. Mis orejas echaban humo.

– No tengo dónde aparcar...

– Déjalo en la plaza de Miguel, hoy empezó sus vacaciones.

Suspiré y colgué el móvil. Precisamente la plaza de aparcamiento de Miguel, uno de los dueños de la revista, no era lo suficientemente espaciosa como a mí me gustaba. Tenía que hacer mil maniobras para meter el coche viejo de mi padre y no era muy pequeño que digamos.

Subí por el ascensor hasta la 8 planta del edificio, donde quedaban nuestras oficinas. La revista era muy conocida en el país así que trabajábamos un montón de personas en ella, así que no me explicaba por qué me tenía que tocar a mí soportar al becario de turno.

- Buenos días – saludé a Susana a la vez que entraba en su oficina.
- Como siempre, puntual.
- Mejor dejemos ese tema, cuando vi ese coche en mi plaza me puse negra.
- Armando no tenía donde y es su primer día, quise echarle un cable.
- Armando...mi becario...– dejé entrever las pocas ganas que tenía de aguantar a nadie.

- Deja ese carácter agrio, Tania... sé simpática, el ayuntamiento nos subvenciona por él.

- Está bien – puse la mejor de mis sonrisas – me encargaré... ¿Dónde está mi pupilo?

- Te espera en tu oficina, así que ve y ponte las pilas.
- ¡Si mi capitán!

Salí de la oficina de Susana y me dirigí a la mía, que quedaba justamente al final del pasillo. A medida que me acercaba, podía ver a través del cristal a un chico sentado de espaldas delante de mi escritorio; era hora de conocer a Armando.



Capítulo 3

Entré en mi oficina con resignación, por más que protestara me tocaba comerme aquel marrón durante todo el año. Había sido de las que se reía de mis compañeras viendo como sus becarios, torpes y sin experiencia alguna, las perseguían como perritos falderos.

- Tú debes ser Armando, ¿no? – dije mientras entraba por la puerta con aires de superioridad.

Aquel chico se dio la vuelta y me quedé gratamente sorprendida. Me esperaba el típico chico tonto y joven, con camiseta de cuadros y la raya del pelo en medio, por no hablar de las típicas gafas que suelen llevar.

Pero me equivoqué completamente, era muy diferente a lo que esperaba. A primera vista se notaba que no era del país, sus ojos eran negros oscuros y su sonrisa blanca perfecta sobresaltaba. Vestía bastante elegante para la ocasión y la camisa verde plata que llevaba contrastaba a la perfección con su piel canela.

- ¿Tú eres Armando?
- Sí – respondió.
- ¿El becario? – pregunté escéptica.
- Sí, claro... siento lo del coche, Susana me dijo que podía aparcar estos días ahí.
- Ya me dieron otra plaza... no te preocupes – intenté ser amable.
- Le oí gritar a través del móvil... – estaba realmente avergonzada de mi comportamiento, seguro que ya pensaba que era un ogro.

Intenté cambiar de conversación, no me agradaba hablar de mis cambios de humor y de la mala leche que a veces me entraba.

- No tienes pinta de becario, Armando.
- No le entiendo, ¿he venido mal vestido?
- No, no para nada – todo lo que llevaba le sentaba bien –, solo que me esperaba al típico chico de 20 años que no sabe ni para dónde va su vida.
- Si, tiene razón, tengo 30 años, pero hasta hace unos años me decidí y quise volver a estudiar.

Al menos me había tocado un becario centrado y maduro, no tenía ninguna gana de aguantar a un adolescente.

- Bueno, ¿empezamos? – preguntó.

Armando no tenía ni idea de en qué jardín se había metido, por más elegante que viniera, iba a usarlo para quitarme todo el trabajo de encima. Ya no me iba a levantar a hacer más fotocopias ni a contestar llamadas estúpidas; me habían puesto un ayudante y me iba a aprovechar de la situación.

Había visto como mis compañeras se volvían locas y andaban desesperadas intentando explicarles todo y cómo los otros no se enteraban de nada. No tenía ni el más mínimo interés en estresarme de aquella manera.

- Te voy a ser sincera, ¿vale? – dar rodeos no era lo mío.
- Está bien...
- Mira, no me hace gracia tener becarios, tengo mucho trabajo que hacer y la verdad no voy a servir para estar detrás de ti.
- ¿Quieres que le diga a Susana que me cambie a algún otro sitio? – se sentía desubicado.
- No, no... no vamos a meter a Susana en esto – sonreí –, mejor tu intenta aprender lo que puedas y si puedes poner iniciativa para las cosas, me ahorrarías un montón de dolores de cabeza.

– Tranquila... si me dices al principio qué hacer te aseguro que no me vas a tener que dedicar mucho tiempo....

– Te lo agradezco – sabía que no estaba siendo muy hospitalaria, pero solo pensar en todo el trabajo que tenía atrasado y el estar encima de él me agobiaba.

– Entonces... ¿qué puedo hacer?

– No sé... trae café.

– ¿Café? – su cara era un poema.

– Si, café.... Necesito despejarme un rato.

Se levantó y fue a la máquina que teníamos fuera del despacho. Me quedé mirándole el trasero, la verdad nunca había visto uno tan redondito y bien puesto, desde luego me había tocado el mejor becario de toda la historia. Aparte de eficiente y de estar bastante bueno, era obediente.

– Aquí tienes – dijo entrando por la puerta de nuevo.

– Gracias, siéntate y me acompaña – puse los pies encima del escritorio y eché la silla hacia atrás.

– ¿Estás segura que esto es lo que tenemos que hacer? – se sentía un poco descolocado.

– Tranquilízate, Armando — no tenía ninguna gana de trabajar – a ver, cuéntame un poco más de ti.

– No sé qué le puede interesar....

– Primero deja de hablarme de usted, tenemos la misma edad, ¿ok?

– Está bien, Tania.

– ¿Eres de aquí?

- Mis padres son de fuera, latinos, pero yo sí, ¿por qué? ¿tanto se nota?
- La verdad un poco, no tienes el típico aspecto de los hombres que vemos por aquí.

- No sé si sentirme alagado – noté que era un poco tímido cuando hablábamos de él –, ¿y tú?

Me reí sin poder evitarlo, verlo de esa forma tan nerviosa hablándome me provocaba risa y a la vez ternura. No sabía si era así de tímido por naturaleza o yo le imponía un poco, pero era divertido.

- ¿Crees que soy muy diferente al resto?

- No sé... – seguía nervioso.
- Pelo castaño, alta, delgada, blanca de piel... las hay al montón....

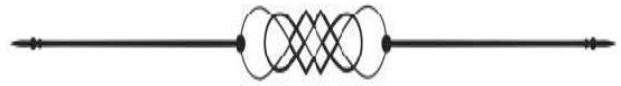
- En Latinoamérica serías la diferente, todas son morenas como yo.

- Tendré que ir a ver si ligo con alguien decente.... pero bueno, pasemos a lo importante ¿Qué quieres aprender aquí?

- Me gustaría saber todo lo posible, todo lo que puedas enseñarme – tenía en mi mente otras cosas que podía enseñarle, pero estaban fuera de lugar.
- Mientras sepas escribir bien y editar un poco... no se exige mucho más por aquí.
- Estoy dispuesto a aprender lo que sea.

- Voy a intentar ser la mejor jefa que pueda, pero no me exijas demasiado...
- Lo juro – levantó la mano haciéndome reír.

Me levanté, saqué un montón de papeles atrasados y los puse encima de la mesa. Tenía claro que iba a utilizar a Armando para que hiciese todo el trabajo que no me gustaba.



Capítulo 4

Pasamos más de una semana como si no tuviéramos nada que ver el uno con el otro. Llegaba a la oficina y él ya estaba allí haciendo su trabajo, era todo un alivio. Con apenas dos o tres instrucciones supo qué tenía que hacer y yo podía relajarme en mi escritorio y no hacer prácticamente nada.

Al fin y al cabo tener un becario no había sido tan mala idea por parte de Susana. Me hacía el trabajo y encima nos alegraba la vista, pues ya me había percatado que mis compañeras no paraban de mirarlo. Estaba bastante bueno y era difícil que pasase desapercibido por los sitios.

Me levanté a por un par de cafés y le di uno a Armando, quería que notase que en el fondo le estaba agradecida. También me interesaba conocerlo algo más, me parecía bastante misterioso y reservado.

- ¿Me acompañas?
- Sería un placer – se levantó y se sentó en frente de mí.
- La verdad, creo que no te di una buena bienvenida... pero estoy contenta, trabajas muy bien.

- Ya te dije que no te iba a dar mucho que hacer – su sonrisa era hipnótica.
- Y ¿qué es de tu vida? – empezaba a tener curiosidad.

- La verdad, no tengo mucho para hacer.
- Me imagino que como todos, salir con tu novia y poco más – quería saber más de él.

- No, no tengo novia ¿y tú?

- Tampoco, no se me ocurriría atarme de esa forma – mi sinceridad primaba por encima de todo.

Alguien llamó a la puerta y nos interrumpió. Me molesté un poco, la verdad empezaba a sentirme cómoda con su compañía y para una vez que teníamos una conversación venían a arruinar la fiesta.

- ¿Tania? ¿Tienes un minuto? – Susana abrió la puerta.
- Sí, claro – me sobresalté, no esperaba que fueses ella – en 5 minutos voy a verte.

Mi jefa me guiñó un ojo y desapareció. Normalmente me llamaba para ir a su oficina a contarme sus historietas de amor con Miguel; siempre andaban peleándose y reconciliándose.

Resoplé, la verdad no me apetecía nada ir a escucharla. Susana era muy buena persona pero a veces era pedante con el amor y con las historias románticas, de esas que a mí me hacían vomitar.

- No tienes ganas de ir, ¿no? – mi becario no perdía detalle de nada.

Puse los ojos en blanco y volví a resoplar, estaba claro que no me agradaba nada pasar la mañana encerrada en la oficina de mi jefa escuchando tonterías.

- La verdad, siempre me llama para contarme sus historias amorosas...
- Entonces, debe confiar mucho en ti – dijo Armando.
- Si... normalmente hacemos planes juntas.
- Entonces, debes ir a escucharla.
- Me aburre...yo no creo en el amor....
- ¿No crees en el amor?
- No – dije cortante – son meras estupideces...
- El amor es muy bonito – Armando me sonrió.
- Para el que lo quiera – guiñé un ojo.

Me levanté y cogí algunos papeles de mi escritorio. Susana hablaba por los codos y ya que iba a tener que estar allí, al menos aprovechaba para ir

corrigiendo algunos textos atrasados.



Capítulo 5

Llegué rápidamente a la oficina de mi jefa, me senté y, sin darme ni tiempo a saludar, empezó a contarme toda la pelea que había tenido con Miguel el día anterior. A veces me paraba a escucharla y otras me dedicaba pensar en cualquier tontería que se me ocurriese.

- ¿Te quieres creer que no se le ocurrió llamarme en toda la mañana?
- Susana caminaba de un lado a otro sin parar de hablar.

- Demasiado desconsiderado – soltaba frases al azar para que creyera que estaba interesada en lo que me contaba.

- ¡Y encima me pide explicaciones! ¿qué te parece?
- Menudo idiota... se cree que estás ahí para el cuándo le dé la gana – seguía en mi línea.

Al principio siempre era la primera en estar ahí para Susana, pero a medida que las historias se repetían y no tenían remedio ninguno de los dos, mi interés fue disminuyendo. Todas teníamos claro que Miguel era un mujeriego machista y egoísta, que no le convenía pero ella no lo quería ver.

Le había aconsejado por activa y por pasiva que lo dejase e intentase buscar algo mejor, pero ella estaba ciega por él y eso cansaba a cualquiera.

- ¿Cuánto tiempo piensas aguantarle?

- Sabes que no es fácil, la empresa, la casa... es un poco de todo.
- Imagino... aunque lo mismo deberíais daros un tiempo.
- Lo había pensado pero sé que después vendría a suplicarme amor, no sabe vivir sin mí – Susana tenía el autoestima bastante alto.

Me quedé callada, ya no sabía qué más aconsejarle.

– ¿Quién es? – Susana preguntó mirando la puerta, yo ni siquiera me había dado cuenta que habían golpeado.

– Disculpa, soy Armando – dijo mi becario a través de la puerta.

– ¿Qué quiere? – me preguntó Susana en voz bajita.

– No lo sé... – la verdad no esperaba que fuese él.

Susana lo invitó a entrar en la oficina rápidamente y se sentó en su escritorio, dejando al fin de dar vueltas por la habitación.

– Siento interrumpir... – Armando abrió la puerta de la oficina y asomó la cabeza.

– ¿Qué necesitas? – pregunté mirándolo extrañada.

– La verdad no entiendo algunas cosas... necesito tu ayuda.

Miré a Susana, necesitaba de su aprobación para salir de allí.

– Está bien, Tania, ve con él, seguimos hablando luego.

Me levanté y caminé detrás de Armando mientras le preguntaba sobre qué eran las dudas.

– La verdad, no tengo dudas de nada....

Me paré en seco detrás de él, no entendía nada de lo que estaba pasando. Armando se dio la vuelta sonriendo, como si hubiera hecho una travesura.

– Sabía que no te gustaba estar ahí, así que decidí ir a rescatarte – guiñó un ojo.

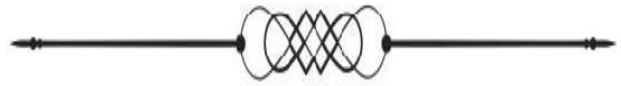
– Eres mi héroe – ambos nos reímos sin parar.

– Entonces ¿te apetece otro café?

– Por supuesto – sonreí.

Cogimos unos cafés de la máquina y nos encerramos el resto de la tarde en la oficina a relajarnos y a trabajar. Armando no solo me hacía el trabajo de la

oficina, sino que también me cuidaba ¿qué más podía pedir?



Capítulo 6

Mis días se habían hecho mucho más llevaderos en la oficina, había creado una buena conexión con Armando. No voy a mentir, en muchos momentos se me pasó por la mente pasar un rato divertido con él pero no quería que confundiese las cosas conmigo.

El creía ciegamente en el amor y para mí no era algo posible. Estaba acostumbrada a tener al hombre que quisiera y disfrutar de él; no me había sentido preparada nunca para una relación estable. Solo pensar en estar con la misma persona para siempre me creaba una ansiedad incontrolable.

– ¿Tienes algo que hacer esta tarde? – preguntó Armando mientras terminábamos de organizar unos archivos para poder salir a casa.

– No ¿por qué? – estaba muy extrañada ante aquella pregunta.

– Mi hermano me dio entradas para el cine y la verdad, no tengo con quien ir.

Aquella proposición me cogió por sorpresa, no esperaba que Armando me sugiriera algún plan teniendo en cuenta lo tímido que era. Me quedé callada durante unos minutos, no sabía qué contestar.

– No te preocupes... por lo que veo no te ha hecho mucha ilusión.

– No... no, no es eso... es que no me lo esperaba...

– No te voy a violar – empezó a reír – tranquila, no te lo tomes como una cita, simplemente quería salir un rato...

Me sentía un poco descolocada, normalmente los hombres me invitaban a cenar por cortesía para que yo luego fuera su postre, jamás me habían propuesto un plan como ir al cine así, sin más.

- Está bien...
- No, no, tranquila Tania, la verdad no quiero obligarte a hacer algo – Armando se veía arrepentido.
- Siento haber parecido estúpida, de verdad, me apetece mucho.
- No sé, no te he visto muy animada.
- No me suelen invitar al cine mis becarios – intenté ponerle algo de humor a la situación.
- Yo tampoco suelo invitar a mis jefas – reímos a la vez.
- ¿Y por qué a mí sí? – sentía curiosidad.
- No sé... me parece que conectamos bien y no me malinterpretes, no tengo intención de ligar contigo.
- Eso espero.

Armando se veía sincero y era transparente, diferente a todos los chicos con los que me había topado a lo largo de mi vida. Ninguno se conformaba con tener una amistad, siempre querían más y más.

Terminamos de recoger todo rápido y bajamos juntos por el ascensor. Mi becario era demasiado atractivo y sabía de sobra que no se libraba de las miradas de mis compañeras, así que estaba bastante emocionada al tener una cita con él.

- Entonces, ¿a qué hora nos vemos? – pregunté.
- ¿Nos vemos directamente en la entrada del cine?
- Que poco caballeroso es usted, Armando, ni siquiera se ha propuesto recogerme en casa – me burlaba de él.
- Disculpe señorita por mis malos modales, ¿prefiere que la busque

en carruaje? – sabía seguirme el rollo.

A pesar del poco tiempo que llevábamos trabajando juntos, Armando y yo habíamos conseguido crear una buena conexión. Nos llevábamos muy bien y nos ayudábamos el uno al otro en todo lo que podíamos.

– Estaba bromeando, en la puerta del cine estará bien.

Las puertas del ascensor se abrieron y salimos al parking a buscar los coches para irnos a casa.

– Nos vemos en una hora – dijo Armando mientras se alejaba de mí.

– Tranquilo, no te vas a librar de ello – le guiñé un ojo.

Apenas tenía tiempo de ir a arreglarme un poco para el encuentro así que conduje a casa a toda prisa. No me esperaba pasar el resto de la tarde con Armando pero en parte me apetecía bastante hacerlo, me sentía demasiado a gusto con él.



Capítulo 7

Llegué a casa volando, el tiempo iba en mi contra y a pesar de que siempre era impuntual con todo, esta vez no quería quedar mal con Armando.

Necesitaba arreglarme en tiempo record y llegar a tiempo al cine.

Entré en mi habitación y empecé a cambiarme la ropa de la oficina. Aunque siempre iba bien vestida prefería ponerme un vestido y retocarme el maquillaje; quería que Armando se diese cuenta que sí me importaba la cita.

– ¿Dónde vas con tanta prisa? – mi hermana apareció en la puerta de la habitación mientras me cambiaba de ropa.

– Tengo una cita... ya sabes, lo de siempre...

– ¿Con?

– No lo conoces...

– Entonces me imagino que llegarás tarde – Ruth a veces era un poco impertinente.

– No pienses cosas raras, solo es un amigo.

– Tania, sabemos de sobra que nosotras no tenemos simples amigos...

Mi hermana y yo habíamos coincidido siempre en que los hombres eran de un solo uso. A Ruth también le había ido mal en el amor y harta de tanto daño decidió crearse una coraza como la mía, en la que no entraba nadie.

– No tengo intenciones de acostarme con el – quería que mi relación con Armando fuese transparente.

– ¿Te estás enamorando?

– ¿Yo? – pregunté perpleja – ¿Qué dices?

– Te estas mega arreglando para una cita con un simple amigo con el que no quieres acostarte a la primera de cambio...

– ¿Y qué pasa con eso? – Ruth comenzaba a ponerme bastante nerviosa.

– Que sientes cosas por él.

– No, no siento nada... solo llevamos trabajando un mes y simplemente vamos a ir al cine.

- ¿Al cine?
- Si, al cine... - se estaba poniendo realmente insoportable.

- Entonces lo vuestro va en serio.
- Estas loca, en serio...
- No es malo enamorarse. Pero ten cuidado, ya sabes que todos los príncipes salen rana.

Mi hermana era la única persona en este mundo que sacaba en conclusión que ir al cine con un amigo significaba todas esas cosas. Debía reconocer que Armando era un hombre muy atractivo y que no me importaba tenerlo en mi cama, pero con el sentía cosas diferentes.

- Al menos dime como se llama - Ruth era bastante pesada.
- ¿Para qué quieres saber su nombre?

- Quiero saber cómo se llama mi futuro cuñado.
- Mira que eres pesada eh... no tenemos nada.

- Eso ya te lo diré yo - salió de mi habitación riéndose.

Me terminé de arreglar a toda prisa y salí de casa corriendo. El tiempo iba en mi contra y apenas tenía 20 minutos para llegar al centro comercial. Hacía tiempo que no me sentía tan emocionada con una cita y es que salir con un hombre como Armando merecía la pena.



Capítulo 8

Cuando subí las escaleras del centro comercial Armando ya estaba en la entrada del cine, esperando que llegara. Lo saludé dándole la mano, no sabía bien cómo actuar. Estaba acostumbrada a quedar con los mismos chicos de siempre y saber a lo que íbamos, pero aquella cita me sabía diferente a las demás.

Entramos en la sala y nos sentamos arriba del todo. No había mucha gente y no tenía idea sobre la película pero estaba disfrutando de aquel plan sin pretensiones sexuales. Armando era muy caballeroso conmigo, como nunca lo había sido nadie, me sentía protegida por él.

La película comenzó y por más que pasaba el tiempo era un auténtico aburrimiento, no entendía nada de lo que pasaba.

– Esta película es horrible, ¿no? – dijo en voz bajita cerca de mi oído.

La piel se me puso de gallina y sentí escalofríos en mi interior. El olor de su aliento era completamente delicioso y si no fuera por la amistad que habíamos establecido me hubiera lanzado sin pensar a comerle la boca.

– Ahora entiendo por qué tu hermano te dio las entradas – no pudimos parar de reírnos después de aquella frase.

– ¿Nos vamos? – preguntó con cara de aburrido.

– Gracias por proponerlo, no sabía cómo librarme de esto.

Nos levantamos de los asientos y bajamos las escaleras intentando no hacer ningún ruido. La salida hacia la puerta estaba totalmente oscura y apenas se veía el suelo.

– Dame la mano, yo te saco de aquí – dijo Armando cogiéndome del brazo.

Me sentía una adolescente; iba agarrada de la mano de él a ciegas, dejándome guiar a donde quisiera. Normalmente los chicos se hubieran lanzado a besarme sin esperar a que empezara la película pero Armando me demostraba que no era como los demás y eso me hacía sentir cosas en el corazón.

Salimos del cine y nos dirigimos al coche, se nos había acabado el plan. Las tiendas de comida estaban cerrando por el horario de otoño y ya no había mucho más que hacer en el centro comercial.

- Siento que la película haya resultado tan horrible.
- No te preocupes – me reí – no es culpa tuya....

Nos quedamos en silencio, parecíamos dos tontos que no sabían qué hacer.

- Entonces... ¿qué hacemos? ¿nos vamos a casa? – pregunté.
- ¿Por qué no nos quedamos un rato hablando? Al menos...hacer que merezca la pena.
- Está bien... ¿qué me propones?
- ¿Qué te parecen esos columpios de allí?
- ¿En los columpios? – nunca nadie me había propuesto algo así.
- Sí, volvamos a ser niños otra vez.

Armando me cogió de la mano y me llevó hasta allí a toda prisa, casi corriendo. Cada uno cogimos un columpio y nos sentamos; aquella cita estaba siendo perfecta para mí, sentía que volvíamos a tener 15 años.

- Nunca había hecho algo así en una cita.
- ¿Estamos teniendo una cita?
- ¿Qué consideras que es? – me sentía avergonzada de haber pronunciado esa palabra.
- Una cita... me gusta... – me sonrió – hacía mucho tiempo que no tenía una.
- Mis citas no suelen ser así... – confesé.
- ¿Y cómo suelen ser?

- Ya sabes...los hombres siempre buscan lo mismo...
- Quizás no has andado con los indicados.
- Quizás... – lo miré sonriendo.

Armando se levantó de su columpio y se acercó al mío. Al principio me sobresalté un poco, no sabía qué iba a hacer y eso me ponía bastante nerviosa. Se puso detrás de mí y comenzó a columpiarme, como si fuera una auténtica niña pequeña.

Todo lo que estaba viviendo me parecía mentira, normalmente a esas alturas de la cita ya estaban intentando meterme mano pero no era así; él era diferente. Hacía que sintiese mariposas en el estómago y no estaba segura de si eso estaba bien o mal.

- Ya, para, voy muy alto – le supliqué.

Armando reía mientras me empujaba y veía como me iba asustando cada vez más. Intentó ponerse delante de mí para frenar el columpio y me abracé a él y salté. Los dos caímos en la arena, uno casi encima del otro.

Nuestras caras quedaron a pocos centímetros de distancia, al igual que nuestras bocas. Armando y yo nos miramos a los ojos mientras nos reíamos de la situación y yo intenté acercarme a él, era irresistible tenerlo tan cerca.

- No, Tania.... – se quitó de encima.
- Lo siento... no tenía que haber intentado nada... – me sentía avergonzada.
- No es por ti... es que yo no soy así...
- Será mejor que me vaya... – me levanté del suelo y me dirigí al coche.

Había intentado besarlo con la emoción del momento, creía que él tenía las mismas ganas que yo, pero no era así. Armando vino detrás de mí.

- Tania... lo siento, de verdad...
- No tranquilo – me di la vuelta – ha sido por la situación... no tenía que haber pasado.

Me monté en el coche, lo despedí con la mano y arranqué hacia casa. Me sentía completamente una idiota, yo misma me había montado películas en mi cabeza sobre él y sobre mí. Que fuera amable no quería decir que sintiera

cosas por mí, tenía que quitarme esas ideas de la cabeza.



Capítulo 9

No había dormido nada bien, hacía años que no me despertaba tan temprano a desayunar. Ruth se había desvelado al escucharme hacer el café en la cocina, tenía el sueño demasiado ligero. Mi madre se levantó y se quedó sorprendida al vernos, no era usual encontrarse ni a mi hermana ni a mí a tales horas despiertas.

- ¿Quiénes sois vosotras y qué habéis hecho con mis hijas? – le gustaba burlarse.
- Para una vez que estamos aquí, podrías darnos los buenos días primero.
- Tienes razón, que mal educada soy – seguía burlándose de nosotros – buenos días su majestad.

Se sirvió un café y se sentó con nosotras, tenía claro que iba a aprovechar aquella ocasión para darnos algún sermón, ella no perdía el tiempo.

- Veis que es mejor levantarse con tiempo, ahora no irás con ojeras al trabajo – dijo mirándome.
- Mamá...no empieces.... – había acertado, ella no perdía la oportunidad de dar la tabarra.
- No la agobies mamá – dijo Ruth – está enamorada, es normal que no pueda dormir.

Miré fijamente a mi hermana, era capaz de ponerme de mal humor en cuestión de segundos.

- ¿Por qué te gusta hablar tantas tonterías? – pregunté.
- ¿Qué tiene de malo? – intervino mi madre.

– No tiene nada de malo – contesté – pero no es verdad....

– ¿No tenías una cita ayer? – Ruth tenía que contar todo.

Me quedé callada, no tenía ganas de contar lo que había pasado.

– Cuéntanos ¿no?

Miré desafiante de nuevo a mi hermana, me estaba sacando de mis casillas.

– Deja a tu hermana, ella sabrá lo que hace...

Nos quedamos en silencio un buen rato, tomándonos nuestros cafés y mirando al alba.

– ¿No nos vas a contar? – preguntó mi madre.

– ¿De verdad, mamá? – no daba crédito a que ella siguiera el juego de mi hermana.

– Solo me preocupo por ti...

Levanté la ceja y miré a ambas, estaban deseando que les contara todo.

– ¿Por qué me preguntáis por esta cita y no por otra?

– Porque ninguna te ha desvelado... reconoce que es raro... – mi madre no perdía detalle.

– Fuimos al cine...

– ¿Y? – mi hermana era muy pesada.

– Y no pasó nada...

– Qué raro... los hombres de hoy en día no pierden el tiempo – a mi madre le encantaba decir frases de ese estilo.

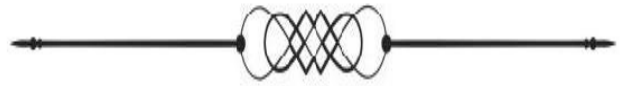
– Ya os he dicho que no tenemos nada – afirmé.

– Si no ha intentado nada contigo, consérvalo, no todos son así. – Ruth miró a mi madre y ambas afirmaron con la cabeza.

– Prefiero no hablar de eso.

Me levanté de la silla y me fui a mi habitación a arreglarme. No me apetecía

seguir con la conversación y recordar como Armando me había rechazado cuando intenté besarlo. Me había sentido una completa idiota y totalmente avergonzada; no sabía cómo iba a mirarla a la cara en la oficina.



Capítulo 10

Llegué tarde a la oficina, no tenía muchos ánimos de conducir rápido, prefería atrasar mi encuentro con Armando. Había confundido las cosas con él y empezaba a sentir cosas que no correspondían. Él era amable y aunque me pareciera atractivo, no me daba vía libre para hacer lo que me diera la gana.

Me sentía un poco desconcertada, ningún hombre me había rechazado nunca. Siempre había conseguido el chico que me gustaba y jamás me habían negado un beso, me sentía un poco despechada con él.

Subí a la oficina y vi que Armando ya se encontraba sentado allí. Intenté mantener una actitud de normalidad, no quería que pensase que me importaba más de lo necesario.

- Buenos días, Armando.
- Hola... Tania...

Me senté en mi escritorio y encendí el ordenador. Pensaba pasar toda la mañana escribiendo textos sobre noticias interesantes de relleno para la revista, siempre venía bien tener un buen arsenal guardado.

Intenté ignorarlo, hacer como si no estuviera allí. Nunca había enfrentado una situación similar y no sabía cómo actuar, en mi interior solo sentía vergüenza por lo ocurrido y un poco de rabia por el rechazo.

- ¿No vamos a hablar? – preguntó Armando mientras se sentaba cerca.
- ¿Tenemos algo de lo que hablar? – lo miré desafiante.
- Vamos...Tania... ayer te fuiste corriendo....
- Está bien – puse mi silla mirando hacia él, necesitábamos zanjar el tema – confundí las cosas, no eran así y se acabó, no tenemos más que

hablar.

– Lo siento, pero yo no voy besando a las chicas por ahí....

– Ahora serás un santo – empecé a ponerme borde.

– No, no soy un santo pero no voy besando a cualquiera.

– ¿Soy una cualquiera?

– No saques las cosas de contexto, a mí me hace falta conocer más a las personas.

– Me lo dejaste claro, no quiero hablar más del tema.

– Pero...

– He dicho que no quiero hablar más del tema – moví mi silla y me puse de nuevo a escribir sin dejar que terminara de hablar.

Me había dejado claro que no le gustaba y que no sentía nada por mí, así que aquellas mariposas que sentí en el estómago el día de mi cita tenían que desaparecer. Tenía que reconocer que no había conocido a un hombre así, normalmente si le dabas el mínimo espacio, te metían la lengua y todo lo que pudiesen, pero Armando decía que era diferente.

Por un lado pensaba que mentía, que era excusa para no decirme directamente que no le atraía lo nada. Mi orgullo de mujer también se sentía herido, que me rechazase y más cuando no estaba acostumbrada, no era plato de bueno gusto.

Llamaron a la puerta del despacho y me alegré enormemente, la tensión entre Armando y yo se podía cortar con una tijera. Nunca me había alegrado tanto de ver a Susana, sabía que iba a sacarme de allí inmediatamente.

– Hola chicos – saludó.

– Hola – respondimos a la vez.

– ¿Tienes un rato libre? Para que pases por mi oficina, tengo unas cosas que comentarte.

Hacía entender qué eran cosas sobre el trabajo, pero yo ya sabía que volvía a tratarse de sus idas y venidas con Miguel. En ese momento me pareció mucho más agradable encerrarme a escucharla que quedarme ahí encerrada

con Armando.

- Si, en seguida voy.
- Tranquila, tengo que hacer unas fotocopias, ¿nos vemos en 10 minutos?
- Está bien – respondí.

Terminé de recopilar información para redactar un texto y me levanté para ir a la oficina de Susana, con suerte me entretendría el resto de la tarde.

- ¿Quieres que vaya a buscarte más tarde? – preguntó Armando.
- No, gracias, creo que me divertiré más allí.

No tenía que ser borde con él, en el fondo sabía que toda la situación no era culpa de ningunos de los dos, pero no podía evitarlo. Sentía que era diferente a todos los demás hombres que había conocido y me daba rabia que no me viera con los mismos ojos que yo a él.



Capítulo 11

Aquel día Susana no paró de hablar durante horas, librándome de estar en tensión con mi becario. La miraba pero no le prestaba atención a nada de lo que hablaba, no podía parar de pensar en él.

- Y encima me dice que soy yo la que tiene que hacer la cena ¿puedes creerlo?
- Miguel siempre en su línea... – no sabía qué responder.
- Y eso que no te he contado lo de esta mañana...

- ¿Qué pasó?
- Después de la discusión de anoche encima quiso tener sexo conmigo, ¿te lo puedes creer?

- ¿Me hablas en serio? – mis actuaciones eran dignas de una actriz.

Susana siguió despotricando todo lo que pudo de Miguel mientras que mi mente de nuevo se ausentaba; Armando inundaba todos mis pensamientos. Nunca había estado así con ningún hombre y estos sentimientos, tan nuevos para mí, me asustaban.

- No me estas echando mucha cuenta ¿no? – reclamó Susana.
- Sí, sí, estoy escuchándote.
- ¿Segura? Te noto como pensando en otra cosa.

- ¿Yo? – me puse la mano en el pecho en plan víctima – para nada...

Susana me miró, pensó durante unos segundos y siguió hablando como si

nada. Siempre pensaba que realmente le daba igual si yo la escuchaba o no, lo único que le gustaba era desahogarse con alguien, no importaba mucho quién ni lo que le dijera, al fin y al cabo hacía lo que le daba la gana.

Su teléfono móvil sonó y corrió a cogerlo.

- Es Miguel...
- Debes contestar – le aconsejé.
- Que le den a ese idiota – Susana tenía un carácter fuerte.
- No dejes las cosas así, es mejor hablarlas... también es tu jefe....

- Está bien – meditó – déjame a solas.

- Si – dije mientras me levantaba y salía de la oficina.

Me sentía un poco aliviada, Susana me estaba provocando dolor de cabeza. Tenía la voz muy fina y escucharla hablar horas y horas podía provocar migrañas insoportables.

Me senté en mi escritorio, suspiré y me eché hacia atrás. No me importaba si Armando estaba allí, solo quería desconectar del mundo.

- ¿Cómo te ha ido? – preguntó.

- Bien...
- Has tardado bastante... – se notaba que no sabía cómo sacarme conversación.
- Ya sabes, Susana no para de hablar...
- Ya es hora de irse... – dijo tímidamente.

- Vete... ya ha sido suficiente por hoy.

Armando recogió los papeles de su mesa, los metió en el archivador y cogió su chaqueta para irse. Me quedé en mi silla relajada, no tenía ganas ni de despedirme de él.

- Hasta mañana, Tania...

Levanté la mano para despedirlo sin mucha gana, sin mirarlo siquiera a la

cara. Armando salió por la puerta y agradecí quedarme sola, necesitaba respirar de todo aquello.

- Tania – Armando apareció de nuevo minutos después de haberse ido.
- Creí que te habías ido...
- Toma – me puso un papel encima de escritorio.

- ¿Qué es esto?
- La dirección de mi casa...
- ¿Y qué quieres que haga con esto? – no entendía nada.
- Te invito a cenar.
- ¿Estarás de broma no?
- No.... No me gusta estar así contigo, déjame compensarte...
- No voy a ir, Armando.
- No quiero ninguna respuesta, Tania, te estaré esperando llegues o no.

Armando se fue a toda prisa por la puerta, dejándome aquella proposición en el aire. Me levanté rápido de la silla y fui tras él, pero no alcancé a encontrarlo, seguramente ya se había montado en el ascensor.

Volví a mi escritorio y leí el papel una y otra vez mientras pensaba qué decisión tomar, no estaba segura de nada.



Capítulo 12

Llegué a casa y me tiré en la cama, tenía la cabeza hecha un auténtico lio. Había hecho sentir mal a Armando y se había sentido en la obligación de compensarme como si me estuviera dando limosna, me sentía aún peor que con el rechazo del beso.

- ¿Qué tal, hermanita? – Ruth aparecía siempre que no tenía ganas de hablar.
- ¿No tienes nada que hacer? – no podía evitar ser borde.
- Un montón de cosas, pero no tengo ganas de hacer nada.
- Y tienes que venir a joderme un rato.
- Tu siempre tan amable – hablaba la voz de la alegría – cuéntame que te pasa.
- No me pasa nada.
- Estas en modo desamor, aquí tirada mirando al techo, ¿es por tu novio?
- No tengo novio – me estaba empezando a poner más rabiosa aún.
- Bueno, tu amigo – ella insistía en sacar el tema – si no fuera nada, no reaccionarías así.

Me giré y le di la espalda, no sabía cómo hacerle entender que no quería hablar con ella. No tenía ganas de explicarle nada a nadie y mucho menos mostrar la debilidad que sentía por Armando.

- Aunque pienses que solo vengo a fastidiarte... la verdad me gustaría ayudarte... somos hermanas ¿no?

No respondí nada, no sabía cómo sacar el tema. Estaba siendo demasiado borde con Ruth pero es que toda aquella situación se me salía de las manos. Jamás me había tocado a mí estar detrás de nadie y mucho menos, recibir limosna de un hombre.

- Bueno, si quieres estaré en el cuarto de al lado – mi hermana se levantó de la cama.
- Espera, no te vayas – me incorporé y me senté.
- ¿Qué está pasando?
- Creo que esto sintiendo cosas por ese chico...
- ¿Armando, cierto? – se había aprendido rápido el nombre.
- Si... pero él no quiere nada conmigo...
- Bueno, eso no lo sabes...
- Quise besarle y me giró la cara... – confesé.
- Lo mismo es gay – Ruth siempre tenía una respuesta para todo.
- No...me dijo que él no era de esa clase de hombres... que necesita conocer más a las personas...
- Un espécimen raro, la verdad, has encontrado al único hombre de la tierra que es así.
- Ese es el problema, no creo que sea verdad... simplemente no le gusto y no quiere nada conmigo
- Y tú ya sientes cosas por él, ¿cierto?
- Si... – me daba vergüenza admitir que me estaba enamorando tontamente – hoy discutimos y me invitó a su casa a cenar.

- No entiendo nada... ¿dices que no le gustas pero te invita a cenar?
- Imagino que se siente culpable... no voy a ir, no quiero recibir limosna de nadie.

Ruth se mantuvo callada pensando durante unos minutos, imaginaba que necesitaba tiempo para asimilar todo lo que le estaba contando.

- Deberías ir a la cena, pienso que es lo mejor.
- Estás loca... – no pensaba aparecer por allí.
- Quizás tiene razón, igual que todas las mujeres no somos iguales, ellos tampoco.
- Sabes de sobra que son así...
- No todos, Tania, si te ha invitado a cenar es por algo, sino simplemente dejaría el tema así...
- ¿Eso piensas?
- Si, está claro... necesita estar más tiempo contigo, está acercándose a ti...
- No sé... – empecé a dudar sobre la cita.
- Hazme caso, si no le importaras no se sentiría mal por el rechazo, déjale que se exprese, dale tiempo.

Las palabras de mi hermana me dejaban dudosa, quería creer que todo era como ella decía pero la experiencia de mi vida me decía otra cosa. Luchaba continuamente contra la cabeza y el corazón, no lograba tomar una decisión.

- No sé qué más puedo decirte pero creo que si no vas a esa cena, te vas a arrepentir...
- Tengo que parar estos sentimientos, me hacen daño...
- Ya no puedo aconsejarte más, medítalo y toma la decisión que creas conveniente.

Ruth se levantó y salió de la habitación, dejándome allí sin saber qué hacer. Le daba vueltas a la cabeza una y otra vez y miraba el reloj, se iba haciendo tarde para tomar una decisión.

Me levanté, me vestí y cogí el papel que Armando me había dado en la oficina, estaba decidida a celebrar esa cena.



Capítulo 13

Armando vivía mucho más lejos de lo que yo pensaba, el camino se me hizo una autentica eternidad. Iba nerviosa, mirando el reloj, pensaba que quizás ya era demasiado tarde y se había cansado de esperarme.

Aparqué frente a una casita baja, con jardín en la entrada, algo poco visto en nuestra ciudad. Parecía un barrio tranquilo, familiar y acomodado. Toqué el timbre varias veces, sentía que llegaba demasiado tarde.

Armando abrió la puerta, una sonrisa se dibujó en su cara al verme.

- Siento llegar tarde...
- No, llegas justo a tiempo, acabo de servir la comida.

La casa estaba bien decorada y los espacios eran bastantes amplios. Armando no tenía el típico perfil de becario, se notaba que en su casa no había faltado el dinero. Las lámparas eran grandes y lujosas y el resto del mobiliario parecía de muy buena calidad.

- No imaginaba que tu cara fuese así....
- El suelo de un becario no da para tanto ¿no? – comenzó a reír – la verdad es que hemos tenido suerte de vivir bien, por eso no había estudiado antes, lo tenía todo y no me esforzaba mucho.

Me sentía sorprendida, la casa de mi becario era mil veces más lujosa que las de mis jefes de la revista. No había intuido ni por un solo segundo que Armando fuera un hombre adinerado, aunque su exquisita forma de vestir lo podía hacer evidente.

Me invitó a sentarme en la mesa del salón. Había puesto un mantel bastante bonito y estaba llena de algunos platos que parecían sacados de restaurantes caros. Toqué uno de ellos, sentí que estaba frio y Armando se percató de ello.

- La verdad, te he mentido un poco... lo serví hace un rato... pero no

perdí la esperanza de que vinieras...

- Bueno, tuve algunas dudas, la verdad.
- Voy a servir de nuevo la comida – me sacó la lengua.

Armando cogió los platos y os llevó a la cocina para calentarlos. Empecé a observar todo lo que me rodeaba y estaba encantada, era la casa de los sueños de cualquier persona.

Me quedé embobada con las cortinas del salón, hubiera jurado que costaban más que toda mi casa entera. En el sofá podrían caber unas 30 personas perfectamente, no había visto nada igual en mi vida.

- Ya estoy aquí – volvió a poner los platos en su sitio.
- ¿Lo has cocinado tú?
- La verdad, si... he hecho algunos cursos de cocina – Armando era toda una caja de sorpresas...

- Nunca me lo hubiese imaginado...
- ¿Te pasa algo? – preguntó.
- La verdad... me siento un poco descolocada... no te imaginaba viviendo así y que cocinaras de esa forma...

- ¿Y cómo me imaginabas?
- No sé, en un cuarto compartido en un piso de la periferia y comiendo fideos de sobre quizás – comencé a reír a la vez que él.
- Bueno, tampoco voy contándole a todo el mundo sobre mi vida ¿empezamos?

Asentí con la cabeza y empecé a cenar. Todo estaba realmente exquisito, no había probado aquella combinación de sabores y texturas.

- ¿Te gusta?
- Está increíble... en serio...
- Me alegra – sonrió.
- ¿Por qué eres becario? No te hace falta...

- Lo sé, pero estaba cansado de no hacer nada... quería probar a estudiar y a hacer todo el proceso como los demás, no quería favoritismos, estoy cansado de ellos.
- Más de uno soñaría no tener que pasar por tantas tonterías, tienes suerte de poder tenerlo fácil.

- Bueno, no estoy sufriendo por ser tu becario.

Necesitaba aclarar todo lo que había pasado, no me gustaba dejar las cosas pasar.

- La verdad, necesito que hablemos las cosas— dejé los cubiertos en la mesa, no podía quedarme con eso dentro de mí.

- Dime – Armando se asustó un poco, a veces yo no tenía la delicadeza correcta de hacer las cosas.

- Confundí las cosas y por eso quise besarte... te agradezco esta cena pero siento que me estás dando limosna por haberme dicho que no...
- No te rechacé... solo te dije que para mí las cosas son de otra forma.
- ¿Piensas que soy muy rápida?
- Hiciste lo que sentiste, y no creas que no me hubiese gustado – Armando se levantó y se sentó cerca de mí – pero yo he sufrido antes en el amor... no quiero entregar nada de mi si no estoy seguro...

Me quedé mirándolo, parecía sincero en todo lo que me estaba diciendo. Quizás forzar las cosas como había hecho yo no nos hacía bien a ninguno de los dos, había que dejar las cosas fluir.

- Pero me siento desorientada... siento que me gustas... – no podía callármelo más.

- Tú me gustas desde el primero momento en que te vi, aunque parecieras pitufo gruñón – me pellizcó la nariz con las manos.

- ¿Lo dices en serio?
- Si... no quiero que pienses que te voy a usar... y no quiero pensar lo mismo de ti... Démonos tiempo, conozcámonos.

Armando se levantó, se acercó a mí y dejó su cara a escasos centímetros de la mía. Nuestros ojos se miraban sin pestañear y la tensión era evidente. Tenerlo tan cerca me daba la oportunidad de olerlo, de sentir su respiración y su aliento, algo completamente maravilloso.

Se acercó lentamente y me dio un beso en la mejilla. Me gustó mucho más que cualquier beso en la boca, pues me estaba demostrando su cariño y su intención de seguir teniéndome cerca.



Capítulo 14

La cena fue bastante bonita, Armando encendió velas en la mesa mientras cenábamos. Todo era diferente a lo que había experimentado, no tonteamos más de lo necesario en ningún momento, nos dedicamos a contar historias y anécdotas de nuestras vidas.

Al terminar, nos sentamos en el sofá y comencé a hacerle caricias en el pelo mientras seguíamos hablando y riéndonos de todo un poco. Nunca había conocido un hombre como él, que me respetara de aquella forma, parecía todo un sueño.

- Entonces, ¿no has tenido suerte en el amor? – preguntó Armando.
- La verdad... no sé por qué pero con todos los que me he topado les interesaba más la cama que cualquier otra cosa... ¿y tú?
- Pues a las mías les interesaba más mi bolsillo que otra cosa – respondió.
- ¿Es por eso que no cuentas nada de tu vida?

– Siempre he sido reservado, pero sí, es por eso que no soy muy hablador... me he sentido muy usado.

– En eso coincidimos...

– Me imagino que te han hecho mucho daño...

Asentí con la cabeza, la verdad solo había encontrado ranas por el camino.

– Es una pena que no creas en el amor, fue una de las primeras cosas que me dijiste.

– Y tú, ¿crees?

– Por encima de todo, creo que es lo mejor que te puede pasar en la vida.

– Eso dicen... – me quedé pensativa.

El tener su cabeza en mi estómago y estar haciéndole cosquillas mientras hablábamos provocaba un millón de mariposas en mi estómago. Podíamos habernos ido fácilmente a la cama, pero eso me demostraba que el realmente estaba interesado en mí y yo; comenzaba a creer en el amor.

– Creo que se está haciendo tarde... mañana tenemos que trabajar – dije mientras lo miraba.

– Es una pena que el tiempo pase – giró su cabeza.

– Mañana volvemos a estar juntos... tienes que trabajar para mí – sonreí.

– Nunca imaginé que estaríamos así... me gusta compartir mi tiempo contigo.

– Yo tampoco pensé que aquel becario de coche azul que ocupaba mi plaza fueses tú...

– ¿Lo dices en sentido positivo o negativo?

– Ha sido una grata sorpresa, créeme.

Armando me miró y me cogió las manos, el contraste de su piel canela y la mía era todo un espectáculo.

- Prométeme que vamos a repetir esto...
- Solo si cocinas – respondí.

– Esto está hecho – cada vez que sonreía mi amor crecía incontrolablemente.

Nos levantamos del sofá y me acompañó hasta la puerta. Me daba pena irme, me podía haber quedado una eternidad allí sentada acariciándolo sin parar.

- Me ha encantado esta cita... – Armando se acercó a mí, poniéndome nerviosa.
- Yo también he disfrutado muchísimo.

Nuestras caras de nuevo quedaron a pocos centímetros la una de la otra, era toda una tentación tener ese perfume tan cerca. Nuestros ojos se miraban fijamente, me hubiera gustado muchísimo besarle pero me adelanté y le devolví el beso en la mejilla.

Armando sonrió, se notó que le gustó aquel detalle por mi parte. Fui hasta mi coche y arranqué, iba a llegar a casa y a dormir como una niña chica; nunca había sentido tanta emoción en mi vida.



Capítulo 15

Me desperté temprano, quería llevarle una sorpresa especial a Armando para que viera que yo también podía ser romántica con él. Me acerqué a una tienda que quedaba cerca de mi casa y le compré un desayuno especial.

Los sábados solo trabajábamos unas horas por la mañana y como no iba a verlo hasta el lunes quería que se llevara un buen detalle y pensara en mí todo el fin de semana. Elegí un desayuno compuesto por tostadas, café, zumo y chocolatinas, envuelto en un papel transparente con corazones pequeños.

Intenté entrar en la oficina sin que nadie viera aquel detalle, lo que habíamos empezado Armando y yo era solo nuestro, no quería que nadie interviniese o supiera. Prácticamente era mi primera historia de amor, la primera vez que sentía todas aquellas mariposas en mi estómago y quería que todo fuese especial.

- ¿Tania? – Susana abrió la puerta sin llamar antes.
- ¡Hola! – dije sobresaltada, intentando esconder aquel detalle.
- ¿Qué es eso? – dijo sonriendo y mirándome – ¿Tienes un admirador?
- Si... me ha llegado esta mañana a mi casa – dije lo primero que se me vino a la mente.
- No será tu becario....
- ¡No! – negué rápidamente
- Querida, todas estas – señaló con la cabeza a las demás chicas de la oficina – se lo acaban pasando bien con sus becarios, no serías la primera.

No tenía ni idea que lo que Armando y yo estábamos viviendo no iba a coger de sorpresa a nadie, incluso llegué a pensar que podría ser un problema en cuanto a nuestra situación de trabajo.

- ¿Tienes algo que hacer hoy? – preguntó cambiando de tema, pues todo lo que no tuviera que ver con ella le importaba bastante poco.
- No... la verdad no creo.
- Entonces te invito a mi casa a cenar ¿ok?
- ¿Con Miguel?
- Si... trae a algún acompañante, alguno de tus amigos de cama.
- Está bien, nos vemos esta noche allí.

Susana se fue y me quedé completamente sola, esperando la llegada de Armando. No me apetecía para nada ir a cenar a casa de mi jefa y estar presente en sus discusiones con Miguel, no se cortaban ni un pelo. No me explicaba el por qué seguían juntos pero imaginaba que serían cosas del amor, inentendibles como siempre.

- Buenos días – Armando entró por la puerta.
- Hola... – sonreía como una idiota –, esto es para ti.

Le entregué la bandeja de desayuno que le había comprado en la mañana. Armando parecía sorprendido, nunca hubiera imaginado ese detalle por mi parte.

- ¿De verdad? ¿Es para mí?
- Si... ¿no te gusta?
- Si claro... no me lo esperaba...

Se acercó y me dio un abrazo fuerte. Sus brazos me apretaban y su olor me envolvía, era irresistible. Me hubiera quedado viviendo aquel momento durante mil años seguidos, solo el sentir el calor de su piel me volvía completamente loca.

Se separó un poco de mí y nos quedamos mirándonos el uno al otro a los ojos. Hubiera sido el momento perfecto para besarlo, pero me daba miedo que volviese a pensar que estaba yendo demasiado rápido.

Agradecí enormemente que no se me hubiera ocurrido abrir las persianas de la oficina que daban hacia las demás, estábamos en completa intimidad, unidos por la cintura y a escasos metros de nuestros labios.

– Eres hermosa... – dijo mientras me acariciaba la mejilla.

Quería volar, me sentía en una nube. Armando era como una droga, en cuanto se acercaba ya no podía controlar mis actos y mis emociones, me dejaba llevar a hacer todo lo que él quisiera.

– Me apetece hacer una cosa – acortó un poco la distancia entre él y yo, sentía su aliento encima del mío.

– ¿Qué te apetece?

– Besarte...

– ¿Y qué te lo impide?

– Creo que nada, pero me gustaría que me lo pidieras.

– Bésame – dije mientras cerraba los ojos y sentía como se acercaba.

Sus labios y los míos por fin fueron solamente uno. Su respiración se sentía caliente y delicada, me besaba con toda la dulzura del mundo. Sin pensarlo mucho, abrí un poco la boca y sentí como su lengua entraba en contacto con la mía y nos besábamos apasionadamente.

– Llevaba días soñando con este momento, Tania.

– Ya no hace falta que esperes más, puedes disfrutar de mi cada vez que quieras...

Acerqué de nuevo mi boca a la suya y lo abracé, no quería que ese momento acabase nunca.



Capítulo 16

Después de pasarnos un rato abrazados y besándonos como dos enamorados, llegó la hora de ponerse a trabajar. Si hubiéramos estado en algún otro sitio o en su casa me hubiera pasado horas así, pero allí en mi despacho era fácil que entrase gente en cualquier momento.

- Será hora de ponernos a trabajar ¿no? – me despegué un poco de su cara.
- Si... tienes razón...

Armando estaba excitado, había notado como su miembro se había puesto duro, pues nuestras cinturas estuvieron en contacto todo el tiempo. Desde ese momento tuve claro que no iba a tener problemas con él en cuanto al tamaño, era cierto aquello que había escuchado acerca de los latinos.

Intentó disimularlo pero yo ya me había percatado de aquello. Se sentó en la mesa que quedaba cerca de la mía y se dispuso a desayunar a la vez que yo me sentaba en mi escritorio a editar textos.

- Nunca le había hecho algo así a nadie – confesé.
- No te creo...
- En serio, lo que estoy sintiendo por ti es la primera vez que me pasa... a mí me daba asco el amor
- Tenías que esperar que llegara el indicado, ¿no?
- ¿Y tú crees que lo eres? – ya me sentía en total libertad de hablar con el sobre mis sentimientos.
- Solo el tiempo lo dirá – sonrió –, de lo que estoy seguro es que quiero seguir intentándolo.

Nos miramos y nos sonreímos mutuamente, me sentía loca de amor por él. Intentamos centrarnos en trabajar pero no podíamos dejar de mirarnos y tontear, estaba claro que sentíamos los dos lo mismo.

Se acercaba la hora de salir y me sentía rabiosa con el reloj, no quería que el tiempo pasase nunca más. Susana apareció de nuevo por la puerta, deseaba que no me invitara a su despacho a hablarme de sus tonterías, prefería una y mil veces quedarme allí con Armando disfrutando del poco tiempo que nos quedaba juntos, pues no iba a verlo en varios días.

– Tania, la cena es a las 10, ¿vale? – dijo a toda prisa mientras ponía unos papeles encima de mi escritorio.

– Está bien... – deseaba que se fuera y no siguiera hablando sobre ese tema.

– Y recuerda llevarte a uno de tus amigos íntimos, lo vamos a pasar bien – Susana salió por la puerta.

Armando levantó la cabeza y me miró, aquella frase no le gustó nada. Mi corazón empezó a latir descontroladamente y me puse muy nerviosa, había olvidado todo el asunto con Susana.

– No es lo que parece – dije mientras veía como a Armando le había cambiado la cara por completo.

– Vas a ir a cenar a su casa con uno de tus amigos íntimos a pasárselo bien, ¿qué es lo que parece si no eso?

– Me había propuesto una cena... Ella está con Miguel y no quiere que vaya sola...

– Y tienes que llevar a uno de tus amigos íntimos... ¿Cuántos tienes?

– se sentía muy enfadado, de repente me hablaba como a una desconocida.

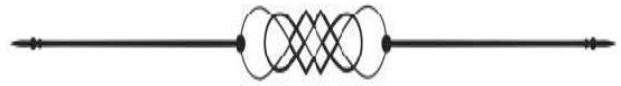
– Tengo amigos, como tiene todo el mundo – respondí.

– Si, ya veo, amigos íntimos con ganas de pasarlo bien...

- No sigas por ahí, por favor, Armando – la situación se estaba saliendo de mis manos.
- No, tranquila, no voy a seguir por ninguno – miró el reloj – se acabó mi hora de trabajar.
- Armando... no... – no sabía qué hacer.
- ¿Ves cómo hay que dar tiempo para conocer a la gente?

Armando se levantó, cogió su chaqueta y salió por la puerta. No me dio tiempo a reaccionar e ir detrás de él, me había quedado completamente a cuadros. No sabía cómo en apenas un rato habíamos pasado de besarnos a estar así, solo por una frase que ni siquiera había pronunciado yo.

Me quedé un rato sentada, no sabía qué hacer ni cómo actuar. No podía faltar a la cena con Susana y no me parecía adecuado llevar a Armando, me sentía en una encrucijada.



Capítulo 17

Llegué a casa con el ánimo por los suelos, no tenía ni ganas de respirar. Decidí tirarme el resto de la tarde en mi cama, pero al ver la puerta de la habitación de Ruth abierta entré sin pedir permiso y me acosté.

Mi hermana no se había percatado de mi presencia, estaba sentada en el escritorio con los cascos a todo volumen y haciendo algunos ejercicios de matemáticas. Era una chica lista y estaba estudiando ingeniería, aunque solo le dedicaba el tiempo que le apetecía.

Me acerqué y toqué su hombro con los dedos, necesitaba toda su atención. Dio un brinco de la silla y gritó, verdaderamente no esperaba que yo estuviese allí.

– ¡Eres idiota! – dijo mirándome con odio – , ¡me has dado un susto de muerte!

No podía parar de reír, toda la situación había sido demasiado graciosa y ni siquiera lo había hecho queriendo.

– Al menos me has hecho reír – seguí durante un rato sin poder parar, eso me hizo despejar un poco la cabeza.

– ¿Qué necesitas ahora? – seguía medio enfadada.

– Quita esa cara... no ha sido queriendo...

– Lo sé – suspiró e intentó ser agradable.

No sabía bien cómo sacarle el tema a mi hermana. Teníamos confianza, siempre nos habíamos llevado bien, pero abrirme de esa manera y reconocer que estaba enamorándome me costaba un poco.

- La he cagado, Ruth.
- ¿Y cuando no?

La miré desafiante, ya no estaba para esas bromas.

- Estaba vacilándote – dijo inmediatamente –, cuéntame.
- Hoy por fin Armando y yo nos besamos...
- ¿Consideras a eso cagarla? Háztelo mirar...
- No, no es eso...
- ¿Entonces? – Ruth no entendía nada.
- Susana me invitó delante de él a una cena y dijo literalmente “lleva a uno de tus amigos, de esos que sueles tirarte a menudo y vamos a desfasar.
- ¿Delante de Armando?
- Si..., se enfadó y se fue...

Mi hermana puso cara de circunstancia y se quedó pensando un rato, estaba meditando todo lo que le acababa de comentar.

- Imagino que es difícil rechazar la cena con Susana... ¿por qué no lo llevas a él?
- No quiero que entre en ese círculo y que suelten idioteces como la de hoy... que hablen sobre mi pasado y que piense que soy una cualquiera...
- Ahí tienes razón, Susana no es muy delicada.
- Además, ¿para qué? Susana y Miguel se pasan el rato discutiendo y besándose, no quiero que mis citas con él sean en ese ambiente...
- No tienes más remedio que ir, conozco a Susana tanto como tú, sabes que es rencorosa – Ruth tenía razón, a mi jefa no se le podía decir que no.

Seguía tirada en la cama mirando al techo sin saber qué hacer.

- Ve, llama a cualquier amigo y cumple con la cena...
- No me apetece nada... – hubiera deseado que no me invitaran a nada.

- Más adelante, cuando formalices con Armando vuestra relación lo llevas a él, pero hoy no te queda más remedio.

- No... no tengo más opciones... – sabía que estaba destinada a ir a casa de Susana aquella noche.

- Y procura que no pase nada... ya mañana veremos cómo arreglamos las cosas con Armando ¿ok?

- Está bien... – me resigné.

Me levanté y cogí mi móvil del bolso. Dudé en llamar a varios amigos, todos eran bastante babosos pero finalmente me decanté por Víctor, pues dentro de las posibilidades que tenía elegí al que me parecía más normal.



Capítulo 18

Víctor vino a buscarme en su coche, un deportivo bastante vistoso y elegante. Habíamos sido amigos con derecho desde siempre y ya me había acompañado en ocasiones anteriores a cenas en casa de mi jefa. Conocía el ambiente y tenía confianza con Susana y Miguel, así que al menos me haría la noche más llevadera.

En otras ocasiones, después de cenar Susana sacaba alcohol y ponía música a todo volumen. Vivían en una casita de campo por lo que tenían la libertad de ponerla toda la noche si les daba la gana. Al rato de beber y sentirnos contentos, yo acababa liándome con los chicos que llevaba y ellos se lo montaban ahí en medio.

Sabía que a Susana le gustaba tener invitados y que los mirasen mientras ella y Miguel mantenían relaciones, le excitaba tener espectadores y yo me había acostumbrado a aquellas fiestas sacadas películas eróticas. En anteriores ocasiones no me importaba, yo acababa disfrutando con los chicos que llevaba y nos pasábamos la noche borrachos, por eso no me parecía adecuado llevar a Armando a aquella cita.

Me monté en el coche y le di dos besos a Víctor, quería que de una vez se diera cuenta que no estaba muy dispuesta a tener algo con él.

- ¿Y mi beso en la boca? – preguntó extrañado.
- ¿Acaso es obligatorio?
- ¿Desde cuándo te montas en el coche y no me comes? – me exigía que fuese la de siempre.
- Tranquilo – sonreí – hay tiempo, ¿no?

Intenté no parecer demasiado antipática, no quería que intentase sobrepasarse

conmigo aquella vez. Era cierto que lo tenía acostumbrado a manoseos desde que nos veíamos hasta que me dejaba en casa, pero aquella vez no me apetecía; tenía a otra persona en mi mente.

De camino a la cena intenté mantener conversaciones banales, lo único que deseaba es que el tiempo pasase cuando antes y estar pronto de nuevo en casa, debía meditar cómo acercarme de nuevo a mi becario.

- Hace tiempo que no me llamas – Víctor no perdía oportunidad.
- He tenido mucho trabajo...
- No será que ya tienes un amigo nuevo que te da lo que necesitas.

Suspiré, mis amigos no sabían estar 10 minutos sin hablar de sexo.

- No tengo a nadie, tranquilo.
- Bueno, al menos hoy me desquitaré, ya sabes cómo acaban estas cenas...
- Quién sabe, la verdad, hoy no me encuentro muy bien – no sabía qué excusa poner.

- Tranquila, después te doy tu medicina – dijo tocándose el pene por encima del pantalón.

Puse los ojos en blanco y tomé aire, estaba claro que iba a tener que buscarme una buena excusa para salir de allí sin sentirme presionada a liarme con él. Quería ser respetuosa con todo lo que estaba sintiendo por Armando y no me parecía correcto acabar en la cama con Víctor.

- Entonces, ¿Qué has hecho todo este tiempo?

- Ya te he dicho... solo me he dedicado a trabajar, ¿y tú?
- Ya sabes, Tania... metiendo el pene donde puedo y donde me dejan – sonrió.
- No cambias....
- Echo de menos... ya sabes... me gusta cuando te pones encima de esta – cogió mi mano e intentó ponerla encima del bulto de su pantalón.

Retiré la mano inmediatamente.

– Vamos... ¿Qué te pasa?

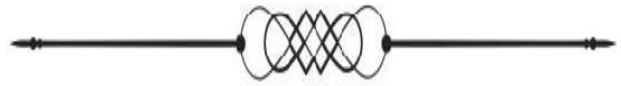
– Nada, Víctor....

– ¿No quieres chupármela mientras conduzco? Sabes que me pone a mil...

– Ahora no me encuentro bien, probemos más tarde.

– Está bien, antipática – no le sentó nada bien que me negara a todo.

El resto del camino nos lo pasamos en silencio y lo agradecí, necesitaba pensar cómo escapar de esa situación.



Capítulo 19

No tardamos en llegar a casa de Susana, en solo un abrir y cerrar de ojos estábamos aparcando frente a su casa. Era bastante grande y tenía un huerto en la parte de atrás donde semanas atrás yo había ayudado a sembrar tomates y lechugas, toda una experiencia nueva en mi vida.

La puerta de la entrada estaba medio abierta, seguramente nos habían escuchado llegar. Entramos en la cocina y ambos estaban preparando diferentes platos en forma de tapas.

Nos saludamos todos y sin pensarlo mucho nos sentamos en la barra americana que tenían allí. Todo se veía delicioso y con tanto ajeteo no me había parado a comer en toda la tarde, así que empecé a devorar todo lo que pude.

Las copas no tardaron en llegar, había de todos los gustos y colores. Susana y Miguel eran aficionados a emborracharse, sólo así perdían la vergüenza delante de los demás.

– ¿No cenamos en condiciones o qué? – reclamó Víctor mientras picaba de algunas tapas que estaban por allí.

A veces me molestaba bastante lo impertinente que era, pero como mis jefes ya lo conocían pasaba de andarme preocupando.

– Hoy estamos de tapas, si quieres plato fuerte cómete a esta – Susana me señaló y empezó a reír.

– Vais a tener que ayudarme, hoy no está muy receptiva – mi amigo no dudó en dejarme en evidencia.

Susana me miró extrañada, normalmente yo no le ponía muchas trabas a los amigos con los que estaba.

- ¿Qué te pasa? – preguntó Miguel mientras servía más alcohol en nuestra copas.
- No... nada – puse la mejor de las sonrisas.
- ¿Segura?
- En serio, estoy bien – seguía intentando disimular que me sentía a gusto allí con ellos.

– Venga, Tania, vamos a pasarlo bien...

Susana se acercó por detrás y me abrazó. Empezó a besarme el cuello mientras Miguel y Víctor miraban entusiasmados. Me quedé completamente a cuadros, ella nunca había tomado esa actitud conmigo.

- Estas son las cenas que me gustan – se notaba que Víctor se lo estaba pasando bien.
- ¿Qué haces, Susana?
- Déjate llevar, esta vez vamos a pasarlo bien los cuatro.

Víctor se acercó y comenzó a besarme en la boca. Intenté pararlo en varias ocasiones pero Susana me agarraba con fuerza. Me sentía atrapada entre ellos dos y solo podía pensar en Armando y en que tenía que dejar aquella vida de excesos.

- Esto no está bien... – Susana no dejaba de manosearme.
- Déjate llevar... – Víctor me susurraba en el oído.

En ningún momento me sentí excitada, que ambos estuvieran aprovechándose de mi mientras Miguel nos miraba y se tocaba sus partes no era de mi agrado. Conseguí que ambos comenzaran a besarse entre ellos para ir quitándome de en medio.

Poco a poco me fui despegando de ellos, no quería seguir por ese camino. Había llevado esa vida durante muchos años, acostándome a la primera de

cambio con cualquiera pero ya no deseaba seguir así, quería tener algo serio con mi becarío.

– La verdad, no me siento bien... – intenté retirarme lo más lejos que pude de ellos.

– ¿Qué te pasa? ¿Te he asustado? – se notaba que Susana estaba borracha.

– Tengo un poco de fatiga... prefiero irme a casa...

– Yo no pienso irme ahora, Tania – Víctor se acercó a Susana y comenzó a tocarla.

Miré a Miguel, hubiese imaginado que entraría en cólera y le pegaría a Víctor, pero él estaba igual de borracho que aquellos dos y no paraba de masturbarse mientras miraba toda la escena. Me miró, sonrió y se acercó a ellos para unirse a su fiesta.

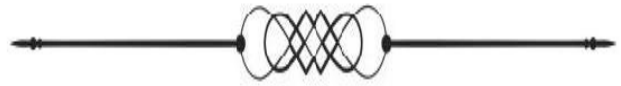
– Si no vas a participar, puedes mirar – a Susana le gustaba eso.

– Creo que voy a irme a casa... me encuentro mal...

– Está bien, nosotros nos quedamos aquí, me comeré lo que tu desprecias – Susana volvió a comerle la boca a Víctor mientras Miguel le besaba el cuello.

Salí de la casa y llamé rápidamente a un taxi. No me había sentido a gusto en esa situación a pesar de que sabía cómo eran las cenas a las que me invitaba Susana. Sentía vergüenza de pertenecer a ese círculo y solo podía pensar en la imagen que podía tener Armando de mí si se enteraba de todo aquello.

Le había costado mucho tiempo darme aquel beso, confiar en que lo nuestro iba a ir en serio, en abrirme su corazón, así que no tenía más remedio que cambiar y comportarme de acuerdo a las circunstancias. Había conocido el amor por primera vez y no estaba dispuesta a tirarlo por la borda.



Capítulo 20

El taxi no llegaba, llevaba más de media hora sentada en la puerta de la casa de Susana esperando desesperada para irme. Seguramente estaban los 3 ahí dentro practicando sexo sin distinciones mientras yo me moría del asco allí fuera.

Había entrado en un conflicto interior, no sabía si volver a casa y olvidar todo eso o intentar ir a ver a Armando. Sabía que estaba enfadado pero no podía dejar de pensar en él.

No me apetecía estar allí dentro besándome con todos y acabando en la cama con cualquiera de ellos, pues vista la actitud, podía pasar de todo. Las celebraciones de Susana subían cada vez más de tono y yo sentía que ya no debía formar parte de eso.

Al único que quería besar y al único que quería entregarme sin tapujos era a él. Los besos que nos dimos en la oficina fueron los más sinceros que jamás había recibido, y aunque se sintió excitado no intentó sobrepasarse en ningún momento.

Me alegré enormemente cuando vi aparecer aquel coche por la carretera, por fin iba a salir de allí. Me monté rápidamente y le di la dirección de la casa de Armando, no podía seguir un solo minuto sin saber que las cosas iban a estar bien entre nosotros.

Me retoqué el maquillaje por el camino y respiré fuertemente, necesitaba coger fuerzas para gritarle a Armando que quería estar con él para siempre. Ya no me daba vergüenza mostrar esos sentimientos, el miedo de perderlo era superior a todo eso.

– ¿Seguimos por aquí, señorita? – preguntó el taxista.

Miré por la ventanilla y vi que las luces de su casa estaban encendida. Sabía

que era tarde pero me alegré que estuviese despierto, así podríamos solucionar las cosas.

– Sí, es esa casa de ahí, la de la esquina – respondí.

Me bajé luego de pagarle al taxista y me dirigí hacia la puerta. Dudé durante unos segundos por la hora pero ya me encontraba allí, ya no tenía más remedio que hacer frente a todo eso.

El timbre sonó fuerte y esperé detrás de la puerta. Tardé un par de minutos en escuchar pasos, había llegado a pensar que no iba a abrir. Puse la mejor de mis sonrisas y esperé ver la cara de Armando al otro lado.

Las cosas no salieron como yo había pensado, no era Armando quien abrió. En lugar de él se encontraba una chica alta, morena y con el pelo frondoso y rizado negro. Noté a la primera que era extranjera pero al escuchar su acento no cabían dudas.

– ¿Si? – la chica estaba extrañada.

– ¿Está Carmen? – necesitaba salir de allí.

– No, creo que se ha equivocado de casa....

– Disculpa, qué vergüenza, seguiré buscando – sonreír.

Salí de allí a toda prisa, no quería que Armando me viera y quedar con aquella sensación de estúpida que estaba sintiendo. Intenté alejarme lo más que pude de su casa y disimular que estaba buscando otra, mientras llamaba de nuevo a un taxi para volver a casa.

Estaba arrepentida de verme en aquella situación, juré que era la última vez que no iba en mi coche a los sitios, no quería verme de nuevo desamparada en cualquier lugar en mitad de la noche.

Me puse detrás de un árbol, no quería que nadie me viera. Nunca me había sentido así, por lo visto Armando tampoco había perdido el tiempo. Desde luego la chica era realmente atractiva, no me extrañaba que después de pensar que iba a estar con otro decidiera desquitarse, quizás nuestro amor no era lo suficientemente fuerte.

Esta vez no tuve que esperar mucho al taxi, me tocó un conductor mucho más

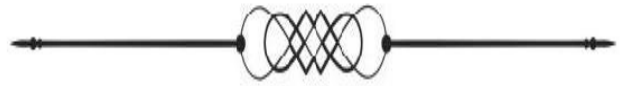
competente que el anterior. Justo cuando iba a montarme, oí que alguien me llamaba por detrás.

- ¿Tania? – me giré y vi a Armando, se acercaba a mi rápidamente.
- Qué vergüenza... – dije en voz bajita mientras mi cara se tornaba roja, se había dado cuenta que estaba allí.

- ¿Qué haces aquí? – preguntó.
- Cagarla... – no controlaba mis palabras –, la verdad, eso, cagarla....
- No te esperaba, la verdad.
- Ya me he dado cuenta – guiñe un ojo y me monté en el taxi.

Pedí al taxista que arrancara y condujera sin parar. Miré de reojo y vi como Armando se quedaba de pie viendo como me aleaba de allí.

Las lágrimas empezaron a asomar por mis ojos, me sentía muy mal. Ese mismo día en la mañana estábamos dándonos nuestro primer beso y en solo una tarde todo se había desmoronado; Armando y yo nos habíamos fallado el uno al otro.



Capítulo 21

Había pasado domingos aburridos en mi vida, pero aquel fue extremadamente desesperante. Me había despertado temprano pero solo me moví de la cama para ir a hacer pipí, ni siquiera me desperté a desayunar.

Oía como mis padres y mi hermana almorzaban juntos y me llamaban, pero preferí que pensarán que me encontraba enferma; no quería enfrentarme a nadie. Estaba segura de que iban a saber leer mi cara y descifrar todo lo que me pasaba.

Mi hermana apareció en mi habitación después de horas llamándome, no me la podía quitar de encima, ella no se perdía ni una.

- Veo que ayer no fue todo muy bien... no te pudiste librar de la fiestecita de Susana ¿no?
- Si te contara....
- Soy toda oídos – Ruth se acostó en la cama al lado mía.
- A Susana se le fue la cabeza, quería que nos lo montáramos todos juntos...
- ¿Y qué hiciste? – mi hermana estaba al tanto de mis ambientes.
- No, dije que me encontraba mal y me fui...
- Debe estar extrañada, ya sabemos de sobra que a ti siempre te han fascinado esos rollos.
- Lo sé, pero siento que quiero estar con Armando, debo cambiar.

Ruth se quedó mirando al techo, pensativa, siempre le gustaba hacer esas

pausas y dejar en ascuas a los que le rodeaban.

- Entonces, definitivamente, es cierto...
- ¿A qué te refieres? – pregunté.
- Te estás enamorando – me miró a los ojos.

- No sé lo que es – en cierta parte me daba miedo aceptarlo – solo sé que quiero ser diferente y respetarlo, ya no me apetece estar con uno cada día.
- Pues eso, que estás enamorada... tienes que presentarme a Armando, necesito conocer al hombre que consiguió traspasar la coraza de mi hermana – reía a carcajadas.

- No creo que eso sea posible, Ruth.
- Ya verás cómo hablas con él y solucionar las cosas.

- Fui anoche a su casa...
- ¿Y no quiso hablar?
- No hablamos, fue una chica la que me abrió la puerta.

Ruth se quedó a cuadros, parecía toda una historia sacada de películas. Yo tampoco esperaba que todo el día acabara de aquella forma, pero no había podido evitar la cena con Susana y tampoco encontrarlo a él con otra.

- Ahora sí que no sé qué decir... – Ruth ya no sabía ni qué aconsejarme.
- No digas nada, con que me acompañes me vale – me giré y la abracé.

Quería que supiera que le agradecía el estar ahí aunque a veces no fuera la hermana ideal. Se había parado a escucharme y a aconsejarme lo mejor que pudo desde que Armando entró en mi vida, no podía agradecerse de otra forma.

- Desde luego, el amor te ha cambiado, hace años que no me abrazas
- sonrió mientras me rodeaba con sus brazos.

Nos pasamos el resto de la tarde acostadas en mi cama viendo películas y comiendo chucheras, como habíamos hecho cuando éramos adolescentes. Sentía mi corazón dañado por Armando pero de alguna forma el sentir el

apoyo de Ruth me ayudó a superar aquel día.



Capítulo 22

No sabía en qué momento me había quedado dormida el día anterior pero lo que tenía claro es que me había vuelto a levantar tarde. Tenía que llegar a la oficina en tiempo record y enfrentarme a Armando y a Susana, iba a ser el mejor día de trabajo de mi vida.

Aparqué y subí rápidamente por el ascensor. No sabía qué iba a hacer cuando viera a ambos pero no tenía más, trabajábamos todos en el mismo sitio. Prefería siempre hacer las cosas de frente y ahorrarme dolores de cabeza, cuanto antes los enfrentara sería mejor para los tres.

Susana me vio aparecer por la puerta y me llamó antes de dejarme ir a mi despacho. Intenté hacerme a sorda pero insistió una y otra vez. Me giré y fui hacia ella con la mejor de mis sonrisas. Sabía que Armando se encontraba allí, lo había visto desde lejos a través del cristal de la oficina.

Entré en el despacho de Susana y me senté frente a ella. Estaba más sonriente de lo normal, al contrario de lo que me esperaba. Si se hubiera puesto a echarme en cara mi actitud estúpida y que la dejara sola no me hubiera sorprendido, pero estaba más simpática que nunca.

- Te tengo que agradecer lo de otro día... – dijo sonriendo.
- ¿Que me fuera?
- Si... no sabes cómo nos lo pasamos...

- Imagino que bien, tu cara lo dice todo.

- Miguel y yo hemos decidido incluir a Víctor en nuestra relación – no daba crédito a lo que estaba oyendo.

- ¿Estás segura? No hacíais más que discutir.... Quizás esta no sea la solución...
- Ahora nos va de maravilla, no hemos discutido desde aquella noche, al revés...
- Pues no sé qué decir...

Me sentía un poco fuera de lugar pero ver a Susana contenta de aquella forma me aliviaba. Quizás así ahora era Víctor quien tenía que aguantar sus berrinches con Miguel y ya no iba a invitarme a sus cenas, me estaba dejando claro que iba a sobrar.

- Pero no te he llamado para contarte esto solamente – se puso seria.
- ¿Qué más pasa?
- Quiero que no te acerques más a Víctor – parecía una mujer celosa
- ahora soy yo la que se acuesta con él, me gustaría que respetases.

- Tranquila...

- Y por cierto, lo que pasó, mejor que quede entre tú y yo – me imaginé que se refería a su acercamiento a mí.

- ¿Qué pasó? – dije haciéndome la tonta.

Susana estaba completamente loca. Me estaba pidiendo que no me acercara a hombre con el que se acostaba delante de su marido. Me aliviaba que me sacaran del juego sin tener que irme yo, no quería meterme en la intimidad de nadie. Si ellos tres eran felices montándose su fiesta, yo no era nadie para impedirlo.

- No te preocupes, por mí no va a pasar nada más... – quería brindarle tranquilidad.

- ¿Por qué estabas tan reacia, Tania?

- Tengo otras cosas en la cabeza... Armando y yo hemos tenido

algo....

- Tu becario... no creas que no he notado nada.
- Si - quería que supiera de una vez lo de Armando -, pero no sé cómo va a acabar todo.
- Después de tu historial... ¿crees que puedes conformarte con uno?
- No es igual que los demás - dije orgullosa.
- Todos los hombres son iguales, pero si quieres engañarte....

Me molestó que juzgara todo lo que sentía por Armando y lo que él había demostrado por mí. Me levanté sonriendo y me dirigí hacia la puerta para salir.

- Al menos, quiero disfrutar de este todo lo que pueda.
- Esa es mi chica - Susana me guiñó un ojo.

Seguro se quedó pensando en que iba a aprovecharme de Armando igual que había hecho con los demás pero no me importaba, ya estaba fuera de sus juegos y sus celebraciones, llevar a Víctor a aquella cena fue lo mejor que hice en mi vida.



Capítulo 23

Me paré un rato en la máquina de café que tenía al lado de mi despacho, necesitaba una buena dosis de energía para enfrentarme al día que me quedaba por delante. No sabía cómo iba a ser mi relación con Armando, pero estaba condenada a comprobarlo pronto.

Respiré fuerte varias veces y entré. Armando se dio la vuelta rápidamente cuando me escuchó, se notaba que estaba esperándome.

– Tania... tenemos que hablar.

Lo miré y me senté en mi escritorio. Sabía que debíamos mantener una conversación acerca de lo que había pasado el fin de semana, pero no me sentía de buen humor. Una y otra vez se me venía a la mente la imagen de aquella chica.

– ¿Sobre qué? – pregunté.

– Vamos, no te hagas la dura...

– No creo que tengamos que hablar de nada, las cosas quedaron claras ¿no?

Sabía que no me correspondía ser tan borde pero no podía evitarlo. Por primera vez en mi vida me había entregado amorosamente a alguien e iba a salir dañada solo por dejarme llevar más de la cuenta.

– ¿Es por la chica que te abrió la puerta? – Armando insistía en la conversación.

– Es por lo estúpida que me siento contigo, me creí toda la mentira de que tenías que esperar, que no te entregabas a nadie a la primera de cambio – lo miraba fijamente – y no has perdido el tiempo.

– Imaginé que ese detalle es el que había provocado que te fueras aquella noche.

- No, si quieres me quedo de sujeta velas.
- Es mi hermana, Tania.

Aquella frase me sentó como un jarro de agua fría. Si aquella noche me sentí ridícula, avergonzada y fuera de lugar cuando la chica me abrió la puerta, ese momento superó todo.

Estaba montándole una escena de celos a un hombre por una chica que decía que era su hermana. Ni siquiera me lo planteé, al verla allí directamente pensé que se la estaba tirando, estaba comportándome como una auténtica idiota.

- No mientas... – no se me ocurrió decir otra cosa.
- No es mentira – sonrió brevemente –, mira.

Se levantó y sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón. En cuanto la abrió y me enseñó una foto en la que salía junto a su familia. A su derecha se encontraba la chica que me abrió aquella noche, era indudable.

- Dios... me siento ridícula...no sé qué decir...

Armando volvió a sentarse.

- ¿Ahora podemos hablar?

Mi cabeza comenzó a dar vueltas, no sabía cómo enfrentar una situación así. Todo se había tratado de confusiones y falta de confianza por parte de los dos y eso no debería estar arruinándolo todo.

El teléfono de mi oficina sonó y me alivió bastante. Necesitaba respirar y relajarme un rato de aquel sentimiento de vergüenza que no podía quitarme de encima. Pulsé el botón de manos libres, el teléfono en sí no se escuchaba.

- ¿Si?
- Hola, Tania ¿qué tal? Soy Víctor. – era a la última persona que quería oír en ese momento.

- ¿Podemos hablar en otro momento? – colgué directamente.

Me había entrado de todo por el cuerpo, justamente cuando Armando y yo íbamos a hablar sobre lo nuestro no tenía ninguna gana que Víctor estropease todo.

El teléfono volvió a sonar casi al instante de colgar, sin darme tiempo a entablar una conversación con él. Armando me miraba y miraba el teléfono, imaginaba que no entendía mi actitud.

- Están llamando... – dijo mientras me miraba.
- Lo sé... no tengo ganas de atender la llamada... estamos hablando
- no sabía qué excusa poner.
- No importa, yo espero – echó el cuerpo hacia atrás y cruzó los brazos.

Me vi totalmente atrapada en aquella situación. Maldije una y otra vez mi dejadez con las cosas, sabía que tenía que arreglar el teléfono porque solo funcionaba la opción de manos libres y lo dejé siempre para después. Si hubiera hecho las cosas bien y a tiempo, quizás Víctor no estaría amargando el momento.

- ¿Si? – volví a contestar.
- ¿Por qué me cuelgas? – reclamó.
- Tengo mucho trabajo, ¿hablamos en otro momento?
- No, necesito hablar – se le notaba agobiado.

Miré a Armando, estaba muy pendiente a la conversación.

- Susana me está acosando... no deja de llamarme ¿habéis hablado?
- Un poco si... – no sabía qué decir, no quería que Armando se enterara de nada.
- Una cosa es lo que pasó y otra muy diferente que crea que puede estar controlándome todo.
- ¿No crees que tendrías que hablar esto con ella y no conmigo? – me estaba poniendo nerviosa.
- Sabes que voy a esas cenas para acostarme contigo... no tengo necesidad de estos líos.

Esa frase resonó hasta con eco dentro del despacho y sabía que todo se había

arruinado en ese justo momento. La cara de Armando era un poema, no sabía cómo sentarse o qué decir, estaba totalmente desorientado.

– Te tengo que dejar, no me llames de nuevo – colgué inmediatamente.

Levanté la cabeza y lo miré, sabía que no le había gustado nada de lo que había escuchado.

– ¿Ahora vas a decirme que no es lo que parece?

Me quedé muda, había sido un día demasiado estresante para mí. Podía haberle gritado que no pasó nada, que salí corriendo de esa casa porque necesitaba estar con él pero las palabras no salían de mi boca, estaba segura que no me hubiese creído.

– Haz que me echen si quieres, pero no voy a estar hoy aquí.

Se levantó sin pensárselo dos veces y salió por la puerta, dejándome allí sola. Todo aquello se convirtió en una montaña demasiado pesada, se desmoronaba y no era capaz de reaccionar.

Acababa de salir de mi vida el hombre de mis sueños, el único que había conseguido que sintiera mariposas en el estómago y allí estaba yo, sentada, sin hacer absolutamente nada.



Capítulo 24

Toqué en varias ocasiones la puerta del despacho de Susana, necesitaba pedirle el día libre. Todo lo que había pasado desde el fin de semana sumado a la mañana tan intensa que había vivido me provocó un gran dolor de cabeza.

Volví a llamar, sabía de sobra que estaba allí dentro. Seguro que estaba ocupada con sus idas y venidas amorosas pero yo necesitaba atención, así que me tomé la libertad de abrir la puerta.

Asomé la cabeza y la vi sentada de espaldas hablando por teléfono. Pude averiguar rápidamente que hablaba con Víctor y sus palabras no eran muy amigables.

– ¿Susana? – hablé en voz alta para que se diera cuenta que estaba allí.

Mi jefa se giró en su asiento y me invitó a sentarme con la mano. Pasé rápidamente, cerré la puerta tras de mí y me senté delante de ella. No pude evitar escuchar la conversación, lo que decía Víctor se escuchaba perfectamente.

– Me estas agobiando, Susana, entiéndelo – decía con voz de agobiado.

– Solo quería saber dónde estabas, no seas gilipollas – Susana siempre tan amigable.

– Iré cuando quiera y cuando pueda.

– Si no apareces esta noche, olvídate de esto – Susana colgó.

Me miró y sonrió, como si no hubiese pasado nada.

– Dime, Tania – mantenía su sonrisa falsa.

– No debería meterme pero Víctor es un alma libre....

– Solo le he llamado un par de veces esta mañana.

– ¿Solo un par? – conocía a Susana de sobra.

– Bueno, más de un par... me gusta demasiado...

– ¿Y Miguel?

– Bah – puso cara de asco – después de haber probado a tu amigo, Miguel me sobra.

– ¿Pero no habíais estado los 3 juntos?

– Si y tengo la excusa de tener su permiso para seguir disfrutando de Víctor, ¿no es el mejor plan que has escuchado en tu vida?

– ¿A qué te refieres?

– No me puedo separar de Miguel pero acepta tríos, así podré tirarme al que quiera sin remordimientos, no se considera infidelidad.

Susana estaba realmente mal de la cabeza. No se llevaba nada bien con Miguel y siempre estaban peleando pero no quería tomar la decisión de separarse de una vez. Imaginaba que no quería perder parte de la empresa, pues ambos eran los dueños.

Ahora tenía la oportunidad de desatar otras partes de su mente calenturienta y hacerlo sin tapujos delante de su marido, para ella aquello se había convertido en el mejor de sus descubrimientos.

– La verdad es un plan perfecto – decidí mostrarle apoyo para seguir cayéndole bien y que me dejara marchar a casa.

– Y tú ¿qué querías?

– La verdad no me encuentro bien – puse mi mano en la frente y cara de circunstancia –, ¿puedo irme a casa?

– Estas muy rara últimamente...ese chico no te hace bien... – Susana me detallaba al completo –, está bien, vete.

– Gracias, nos vemos mañana – me levanté rápidamente, no quería que me soltara otra de sus charlas.

– Intenta mejorarte, no sé qué has hecho con la Tania de siempre.

Sonreí y salí de la oficina a toda prisa. Necesitaba llegar a casa y tumbarme en la cama a meditar todo lo que había pasado, me iba a volver completamente loca.



Capítulo 25

Cuando abrí la puerta de casa vi dos maletas grandes en el pasillo, había olvidado por completo que mis padres se iban de viaje de aniversario. Llevaban meses planeando un crucero por el mediterráneo; a ellos sí que les había ido bien en el amor.

Fui directamente al salón, había olvidado por completo si en algún momento me había ofrecido para llevarlos al aeropuerto o algo por el estilo, con todo lo que estaba sucediendo en mi vida no sabía ni qué hora era.

– Por fin, creí que no ibas a llegar a despedirnos – mi madre estaba sentada en el sofá junto a mi padre.

– Salí todo lo temprano que pude, ¿Acaso creías que me había olvidado?

– No me extrañaría... – dijo mi padre en voz baja.

Intenté parecer todo amable que mi cuerpo me permitía, no quería que notasen nada extraño. Mis padres eran comprensivos y seguramente me hubieran apoyado en todo, pero no me sentía cómoda hablándoles de mis historias.

– Entonces, ¿vamos? – hice amago de salir para llevarlos.

– Tranquila, ya hemos llamado a un taxi...

– ¿Por qué?

– Sinceramente, con lo despistada que eres no queríamos arriesgarnos a llegar tarde – mi madre se acercó y me dio un beso en la mejilla.

– Adiós, chicas – mi padre ya estaba sacando las maletas.

Ruth apareció y les dio un beso y un abrazo a ambos, al igual que yo. Habíamos tenido muchísima suerte al tenerlos como padre, se merecían todos los viajes del mundo.

– Pasadlo bien – les sonreí.

– Esa es la idea.

Vi cómo se alejaban por el pasillo y se metían en el ascensor. Miré a mi hermana y sin dudarle ni un segundo le hice saber que necesitaba de ella.

– Situación de emergencia, nos vemos en tu cuarto en 5 minutos.

Ruth me guiñó un ojo y se dirigió a su habitación sin pensarlo. Aproveché para servir un par de cafés, la conversación iba a ser profunda.

– Ahora sí que todo se ha ido a la mierda – me senté en su cama y le ofrecí su taza.

– ¿Las cosas podían ir a peor? – preguntó.

– La chica que vi aquel día...

– Ajá... ¿quién es? ¡Cuenta! – parecía que mi hermana estaba viendo una telenovela venezolana.

– ... es su hermana...

– Estas de broma, ¿no?

– No... Armando me enseñó una foto de su familia y ahí estaba ella...

Ruth se quedó con la boca abierta.

– Montaste una escena de celos, yéndote como una amante herida, y resulta que era a hermana... que vergüenza ¿no?

– Lo sé... créeme que no me he sentido más idiota en mi vida...

– No es para menos – siempre era bastante sincera.

Me acomodé en su cama, ahora me tocaba contarle la peor parte de la historia.

- Pero me siento perdida... si la chica de aquella noche era la hermana y no una amante, ¿Por qué ahora está todo peor?

- Ahora viene lo mejor... – dije irónicamente.

- Me muero por saber – solo le faltaba ponerse a comer palomitas mientras me miraba.

- Víctor me llamó y bueno... solo me funciona la opción de manos libres...
- ¿No habrás sido capaz de hablar delante de Armando?

- Me vi atrapada... Víctor no dejaba de llamar y él dijo que contestara... intenté cortarlo pero insinuó cosas... – no sabía cómo terminar de contarle las cosas.
- Armando es inteligente, quería comprobar si Víctor tenía algo que decir o no, yo también te hubiera puesto a contestar delante de mí....
- Lo sé, aquella noche empezó a besarme y lo paré.
- Ya, sé que no tuvisteis nada... ¿Qué escuchó Armando exactamente?
- Dijo que él iba a las cenas para acostarse conmigo... y al final acabó con Susana y Miguel... pero esa parte no quedó muy clara en la conversación.

- Tu jefa cada día está peor de la cabeza.
- Lo sé – suspiré.
- Armando pensara que si fuiste a la cena...

La miré, sabía exactamente lo que mi becario pensaba, su cara de decepción me lo dejó bastante claro. Nunca me había enfrentado a situaciones así, normalmente me daba igual si los hombres se enfadaban, yo conseguía mi beneficio y lo demás no me importaba nada.

- Se enfadó y se fue de la oficina – terminé de contar la historia al

fin.

– Ve a buscarlo – dijo sin rodeos.

– ¿Y qué le digo?

– Lo que pasó, tal cual.

– No va a creerme... – agaché la cabeza.

– No importa, Tania, ve y háblale con el corazón... ya en su mano queda lo demás pero al menos quédate tranquila de que pudiste hacer todo lo que estaba a tu alcance.

Ruth se levantó de la silla y se acercó a cogerme las manos. Tiró de mí y me levantó de la cama, empujándome hasta el pasillo que daba a la puerta de la casa.

– Vete, no quiero verte aquí.

– ¿Estás segura? – dudaba de todo.

– Vas a ir a hablar con él y vas a contarme todo – cogió mi chaqueta y mi bolso y me empujó hasta la puerta.

De buenas a primeras vi como cerraba en mis narices y me dejaba sola en el portal. Me senté en las escaleras que quedaban justo en frente, necesitaba pensar.

A los pocos segundos la puerta de mi casa se abrió de nuevo y Ruth asomó la cabeza.

– ¿Sigues ahí? – me trataba como una niña castigada – ¡Vete!

Me levante rápidamente y me dirigí al ascensor mientras mi hermana me miraba desafiante.

– Voy a hacerlo, tranquila...

– Más te vale – advirtió.

Cerró la puerta de casa y me monté en el ascensor, tenía que enfrentar a Armando.



Capítulo 26

El camino se me hizo más corto que nunca a pesar de conducir bastante despacio. Imaginaba la escena una y otra vez en mi cabeza, quería ensayar todo y saber qué iba a decirle exactamente a Armando. Era consciente que las cosas nunca salían como una las planeaba, pero no perdía nada por practicar.

Aparqué justo en frente de su casa, esta vez no iba a esconderme ni a salir corriendo. Si volví a casa sin hablar con él, mi hermana podría cogerme de los pelos y llevarme de vuelta allí y la verdad le tenía más miedo a ella que a mi becario.

Toqué la puerta con la mano un par de veces flojito, en el fondo sentía temor de enfrentarme a él. Imaginaba que no se iba a enterar de nada y así tendría excusa para irme pero comprobé que tenía el oído igual de fino que Ruth.

Escuché pasos que venían hacia a mí, estábamos a punto de volver a vernos las cara después de lo que pasó aquel mismo día. Armando abrió y asomó la cabeza tímidamente, en seguida me di cuenta que no me esperaba allí.

– Hola... – saludé.

Terminó de abrir la puerta y se quedó de pie mirándome, se notaba que no sabía muy bien qué decirme.

– Pasa, no te quedes ahí – se echó a un lado y entré en su casa.

Era la segunda vez que estaba allí, en aquella ocasión era de día y me pareció mucho más espectacular. Los muebles relucían y las lámparas gigantescas del salón hubieran enamorado a cualquiera.

Me quedé a un lado, de pie, sin saber muy bien qué hacer. Esperaba que Armando tomara alguna decisión para imitarlo, todo era tan delicado que me daba vergüenza hasta sentarme sola.

– Vamos al sofá, estaremos más cómodos que aquí de pie, ¿no crees?

– Si... – afirmé con la cabeza.

El sofá era tan grande y amplio que quedamos sentados casi el uno frente al otro. Era súper reconfortante, se notaba que allí se podía dormir mejor que en cualquier cama de mi casa. Los asientos eran suaves y te podías hundir perfectamente en ellos.

– Bueno... – no sabía cómo romper el hielo.

– ¿A qué has venido?

– Tengo que hablar contigo...

– Con lo que he escuchado hoy...la verdad me ha sobrado.

– No pasó nada con el...

– Dijo claramente que iba a acostarse contigo – me miró fríamente.

– SI, es cierto, reconozco que lo he hecho antes – no quería esconder nada – pero aquel día no pude...

– Ya no sé qué creer – estaba hecho un lío al igual que yo.

Decidí que era hora de desvelar un poco de mi pasado para que entendiese todo lo que me rodeaba, aunque sentía vergüenza era la única manera en que confiara en mí.

– Quiero ser sincera contigo... la verdad mi vida anterior se ha basado en acostarme con todo el que se me ponía por delante...

Armando no respondía nada, esperaba que siguiera hablando yo.

– Es por eso que Susana me invita a ese tipo de cenas, comemos, nos emborrachamos y nos liamos unos con otros...

– Y eso fue lo que paso el otro día, ¿no?

– Lo intentaron pero me negué en todo momento, dese que te conocí esa vida me parece una porquería, quiero una junto a ti.

Armando seguía en silencio mirando hacia el suelo.

– No estaría aquí si todo esto no fuese lo que siento, quiero que conozcas todo de mi para que compruebes que soy sincera, ya no me

interesan esas cosas, solo tú.

– No sé qué pensar, Tania....

– Déjame demostrarte que quiero estar contigo...

Me levanté y me senté más cerca de él, sin dejar de mirarlo. Acerqué mi cabeza a la suya y comencé a acariciarle la cara, necesitaba sentirlo.

– Quiero estar contigo.... – acerqué mis labios a él.

– No sé qué hacer, Tania... no sé qué pensar...

Mis labios quedaron casi pegados a los suyos, me encantaba sentir su aliento cálido sobre el mío.

– Quiero estar contigo.... – repetí mientras comenzaba a besarlo.

Armando no respondía mis besos pero tampoco me quitaba la cara, así que insistía en besarlo dulcemente, quería que todo se arreglara. Sin pensarlo ni un segundo me puse frente a él y me senté encima. Mis caderas quedaron encajadas encima de las suyas y nuestras caras una frente a la otra.

– Tania... – sabía que no podía parar aquello.

Lo miraba a la cara y seguía besándolo mientras apretaba mis caderas contra las suyas, quería sentir todo lo que tenía para darme. Armando me agarró por la cintura y me tiró al sofá, poniéndose encima.

Comenzamos a besarnos apasionadamente mientras nos restregábamos. Su forma de mover las caderas y apretarlas contra las mías eran demasiado sexuales, nos podían las ganas que teníamos de comernos el uno al otro. Notaba su miembro erecto, dispuesto a atravesar mi pantalón y penetrarme con fuerza.

Sus manos empezaron a meterse por debajo de mi camisa hasta llegar a mis pechos. Armando tenía la piel caliente y eso me excitaba muchísimo más. No podía parar de besarlo, Armando era todo lo que siempre había querido.

– Será mejor que paremos... – Armando se apartó y se levantó del sofá.

– No entiendo...

– No estoy seguro de esto, Tania... esto es un error...

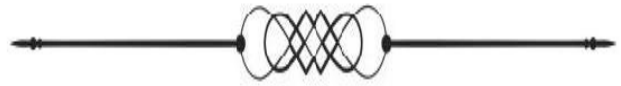
- ¿Error?
- No, no sé si siento lo mismo por ti.

Mi cara de decepción lo decía todo. Estábamos dándonos el lote tan ricamente, pensando que ya todo estaba bien y de buenas a primeras cambia de actitud, no me hacía ninguna gracia.

- Será mejor que me vaya – dije enfadada.

Me levanté y me dirigí a la puerta de la casa, Armando no intentó pararme en ningún momento. Me sentía utilizada, me había dado esperanzas y me las había quitado en apenas solo media hora.

Me monté en el coche y me fui a casa, había vivido demasiadas experiencias y decepciones, no tenía ganas de soportar ni una más.



Capítulo 27

Aquella noche no pude dormir. Después de contarle todo lo sucedido a Ruth y pasarnos la tarde noche viendo películas, comiendo chocolate y comida basura. Finalmente me quedé a dormir con ella en la cama de mis padres.

Estaba aliviada de que se hubiesen ido unos días, así podía sufrir libremente en mi casa. No me imaginaba llorando por los rincones y mis padres detrás de mí dándome palmaditas en la espalda, me hubiese sentido la mujer más ridícula de la tierra. Siempre había mostrado imagen de persona fuerte y no quería que aquello cambiase.

Ruth se quedó dormida sin apenas esfuerzo, se notaba que su vida estaba tranquila y que la conciencia no le molestaba. Ella también había vivido sus historias de amor y siempre habíamos estado la una para apoyar a la otra.

Fui al baño y me miré en el espejo, tenía unas ojeras exageradas. Los cambios en mi vida y todo lo que estaba sufriendo me estaba pasando factura.

– Tienes que ser fuerte – dije a mi reflejo.

Suspiré y me metí en la bañera. Pocas veces la llenaba hasta arriba y me daba un baño, mis padres eran un poco pesados con el tema de ahorrar y además, yo nunca tenía tiempo para esos momentos de relax. Necesitaba ese baño al igual que respirar, dedicarme un rato para mí misma se me hizo indispensable.

Mientras me bañaba decidí que no iba a ir a trabajar, por más que quisiera estar con Armando no me apetecía nada verlo, de alguna forma me había sentido usada. Cogí mi móvil de encima del lavabo y marqué a Susana.

– ¿Tania? – preguntó con voz de dormida.

– Lo siento, ¿te he despertado?

– No... me has hecho un favor, el despertador no ha sonado – oía

como despertaba a Miguel diciéndole que se habían quedado dormidos.

- Al menos he servido para algo – reí.
- ¿Me has llamado para algo?

- Si... la verdad he pasado una noche muy mala y ...
- Está bien, tómate el día de nuevo... – Susana interrumpió rápidamente –, te dejo que no llegamos.

No dejó ni que me despidiese, colgó el teléfono dejándome con la palabra en la boca. No me importaba mucho, lo único que quería es que me diese el día libre y ya lo había conseguido, así que me dio exactamente igual la falta de educación que ejercía a veces.

Ruth se despertó y entró en el baño, en mi casa la palabra intimidad no servía de mucho. Se puso a hacer pipí con cara de dormida y mirándome de forma extraña.

- ¿Qué haces ahí? Estoy haciendo pipi
- La pregunta es qué haces haciendo pipi cuando me estoy dando un baño – tuve que reírme, la situación era un tanto disparatada.
- Estás loca – dijo mientras se levantaba y tiraba de la cadena.

Sumergí la cabeza debajo del agua caliente, necesitaba desaparecer del mundo. No iba a poder quitarme de encima a Armando, los becarios debían quedarse todo el año para que no retiraran la subvención. Había pensado proponerle a Susana que lo pusiera con otra compañera, pero en el fondo no quería separarme de él.

- ¿Tania? ¿Estás bien? – oí a mi hermana gritar a través del agua.

De repente metió las manos en la bañera y sacó mi cabeza de allí. Me agité rápidamente, no esperaba que hiciese eso, no me dio tiempo a reaccionar.

- ¡Estas viva! Casi me matas del susto – gritó reclamándome.
- ¿Qué haces? ¡Estás loca! – respondí.

- No vas a suicidarte por Armando, el amor se supera ¿vale? – a mi hermana a veces se le iba la cabeza, estaba peor que Susana.
- ¿Crees que voy a quitarme la vida? ¿En la bañera de casa? – seguía sin dar crédito a lo que estaba pasando.
- Peores cosas se han visto – parecía una vieja hablando así.

Me levanté y me puse una toalla, definitivamente mi baño relajante se había acabado.

- Vístete, voy a hacer el desayuno – dijo mientras salía del baño.
- Más te vale, compensa al menos tus idioteces.

No pude evitar mirarme al espejo y comenzar a reír, la situación había sido demasiado extravagante. Nunca se me hubiese ocurrido quitarme la vida por nadie, por más que quisiera estar con Armando tenía claro que con el tiempo las heridas se irían curando, ya estaba llena de cicatrices.



Capítulo 28

Amaba esas tardes sin hacer nada, tiradas viendo la televisión y comiendo

como si no hubiese mañana. No habíamos almorzado bien, así que decidimos pedir pizza para merendar, no existían las reglas en mi casa cuando las dos reinábamos sin límites.

Mis padres estaban pasándoselo súper bien, ya habían visitado varias ciudades de la costa italiana, pero mi hermana y yo nos lo estábamos pasando mucho mejor. Llevábamos días sin hacer las camas y comiendo lo que se nos antojaba, éramos como adolescentes.

– ¡Llegaron las pizzas! – me levanté corriendo y fui hacia la puerta.

Antes de abrir me asomé a la mirilla, tenía que mirar primero quién llamaba aunque esperase a alguien, mi madre me había inculcado mucha precaución con la gente a lo largo de mi vida. Contaba historias que les habían pasado a amigos de sus amigos, sin saber si eran ciertas o no, que no me podía quitar de la cabeza.

Al otro lado no había ningún chico vestido con uniforme y con una caja cuadrada gigante en las manos. Miré un par de veces para asegurarme, no creía que Armando fuera quien estaba llamando al timbre.

Me retiré de la puerta y fui despacio hacia el salón, procurando no hacer ningún tipo de ruido.

– Shhhh – miré a Ruth mientras ponía mi dedo índice en mis labios.

Mi hermana se sobresaltó y se puso de pie, la había asustado.

– ¿Quién es? ¿Un ladrón? ¿Un violador? – hablaba en voz bajita.

La cogí de la mano y la metí en mi habitación, no podía hablar allí y que Armando se diese cuenta.

– Es Armando...

– ¡Me acabas de dar un susto de muerte!

– No quiero abrir...

– ¿Sabes todas las historias que mama ha contado y que se me han venido a la mente? – Ruth seguía nerviosa.

– Lo siento, yo también me asusté al ver quien era.

– Yo abro – dijo mientras salía de la habitación.

La cogí por el brazo y la detuve.

– Dile que no estoy ¿vale?

– Está bien – puso los ojos en blanco y fue hacia la puerta.

Me quedé detrás del marco de la puerta y aunque desde esa perspectiva no veía qué estaba pasando al menos podía escucharlo todo. Ruth abrió la puerta entera de una vez, confiaba en que hiciese todo bien.

– ¿Si? – le preguntó.

– Disculpa, ¿Aquí vive Tania? Estoy buscándola.

– Si, ella vive aquí... yo soy su hermana, Ruth, encantada.

Escuché como se daban dos besos y no pude evitar poner los ojos en blanco, mi hermana no había perdido el tiempo para presentarse, era todo un personaje.

Se quedaron unos segundos callados, me imaginaba a mi hermana allí de pie examinándolo de arriba abajo.

– ¿Está? – Armando habló de nuevo.

– ¿Quién? – mi hermana no sabía hacerse la tonta.

– Tania... – escuché a Armando reírse brevemente.

– Sí, claro, pasa... ¡Tania! – escuché a mi hermana gritar mi nombre y quería matarla – ¡Te buscan!

Le había dicho apenas hacia unos segundos que dijera que no estaba pero la tonta había sido yo, por confiar en ella. Cerré la puerta de la habitación y comencé a cambiarme rápido de ropa, no me había quitado el pijama en todo el día.

– ¿Tania? – mi hermana abrió la puerta y asomó la cabeza.

– ¡Te voy a matar! – grité bajito.

Susana empezó a reír descontroladamente, sabía que me la había jugado sin

compasión alguna.

- Tu latin lover está esperándote el sofá.
- Me las vas a pagar... – le tenía una rabia increíble.

El timbre de casa sonó de nuevo.

- Ese si es el de las pizzas – me guiño un ojo –, tranquila, algún día me lo agradecerás.

Me envió un beso con los labios desde lejos y yo le levanté el dedo corazón de mi mano, quería estrangularla.



Capítulo 29

Salí de la habitación y me dirigí al baño, necesitaba algo de maquillaje. Me había pasado la noche en vela y parecía un auténtico fantasma. Elegí un maquillaje suave, tampoco quería que pensase que quería estar guapa para él, aunque fuese la verdad.

Fui hacia el salón con cara de orgullosa y lo que vi me desconcertó un poco, estaba segura de que cuando nos quedáramos a solas iba a matar a mi hermana. Armando y ella estaban sentados en la mesa hablando y comiendo pizza juntos, todo aquello era muy surreal.

Hice ruido con la garganta para que se dieran cuenta de que ya estaba allí. Me sentía enfadada con él y bastante dolida, no sabía cómo podía estar de risas con Ruth y comiendo en mi casa como si nada.

– Ven, siéntate con nosotros – mi hermana se dio la vuelta y me invitó a unirme como si nada.

Armando se levantó de su silla y vino hacia mí. Hizo el amago de darme dos besos para saludarme pero yo me eché atrás y le estiré el brazo, lo único que me apetecía en aquel instante era darle la mano.

Ruth se dio cuenta de mi actitud y me imagino que también entendió que no era momento de estar de risas, así que decidió marcharse.

– ¡Uy! Mira la hora que es... tengo que irme – lo suyo no era disimular.

– Encantado de conocerte, Ruth – Armando se acercó a ella para despedirse.

– ¡Igualmente! – ella si se acercó a darle dos besos – suerte con ella.

– Tranquila – sonrió – todo irá bien.

Me parecía algo sacado de películas de humor, actuaban como si se conociesen de siempre. En apenas media hora que me había ausentado para estar decente para el parecía que se habían convertido en mejores amigos.

- No entiendo qué haces aquí – me senté en el sofá.
- Hoy no fuiste a la oficina... quería saber si te había pasado algo – se sentó junto a mí.
- ¿Cómo supiste dónde vivo?
- Susana no guarda muchos secretos, fue fácil averiguarlo.
- Imagino...

Me alegraba que hubiera hecho todo lo posible por verme pero no terminaba de sentirme a gusto con él. En su casa me había hecho entender que quería estar conmigo al besarme pero en apenas unos minutos cambió de opinión, ya no sabía qué pasaba por su cabeza.

- No pensé que te importase...
- ¿Por qué no has ido? Aquello no es lo mismo sin ti.
- No me sentía bien, sabes que tengo muchas cosas que meditar.

Armando se acercó, me cogió de las manos y me miró a los ojos.

- Yo también he estado pensando, ayer no me porté bien y quiero pedirte perdón.
- No hace falta, hiciste lo que sentías.
- Hice lo que sentía al besarte pero no estaba seguro del todo.
- ¿Y qué haces aquí? – me empezaba a molestar sus altibajos.

Armando acortó la distancia entre nosotros. Su olor siempre había sido demasiado especial e irresistible y sentir el calor de su piel tan cerca de la mía me dejaba indefensa.

- Hoy solo hacia mirar el reloj y esperar que pasase el tiempo, me

sentía vacío sin ti allí conmigo... supe que tenía que venir a buscarte, quiero estar contigo.

– ¿Por qué ese cambio de opinión? – me separé de él y me puse de pie, estaba muy nerviosa – ayer considerabas que todo esto era un error.

– He sufrido mucho, Tania, necesito ir despacio.

– ¿Despacio? ¿Cambiando de opinión de un día para otro? ¿Mañana que me dirás, que te has vuelto a liar?

– No, quiero estar contigo, ¿acaso tu no?

– Yo ya no sé nada...

Armando se quedó callado y yo me sentía mejor, por fin podía decirle todo lo que sentía. Quería estar con él pero me había sentido una completa idiota en su sofá, después de besarme de aquella manera, viendo como me decía que no quería que cometiésemos un error.

Claro que quería estar con él, me moría por hacerlo pero no quería que acabáramos besándonos de nuevo y que se separase de nuevo de mí y me dijera que no quería. Esta actitud suya me había hecho sentirme despreciada y sobre todo, estúpida.

– Creo que ha sido un error venir... – Armando se levantó del sofá.

– Necesitamos un tiempo para meditar todo esto... quiero que estés seguro de que esto no es un error.

Me dirigí a la puerta haciéndole entender que el tiempo se había acabado, que era hora de irse. Armando me siguió sin dudarlo, tenía claro que no podíamos forzar las cosas después de todo lo que había pasado.

– Estamos hablando – dijo mientras salía.

– Sí, estoy segura de eso.

Armando abrió la puerta del ascensor y me dijo adiós con la mano, no me sentía orgullosa de mi actitud pero no me salió ser de otra forma. Quería que se tomara el mismo tiempo que yo para meditar las cosas, si íbamos a estar juntos o no tenía que ser una decisión para siempre.



Capítulo 30

Volví y me tiré en la cama de mis padres. Se notaba que Ruth se había quedado en el portal a esperar que Armando se fuera, no tardó en volver a entrar. Escuché cómo iba a coger pizza y venía a buscarme a la habitación.

- Qué hambre, ¿no?
- No tengo... – respondí.

- Acabo de ver salir a tu amor del alma, no iba muy contento...
- Las cosas no se han solucionado del todo, no te voy a mentir.
- ¿Qué ha pasado? Imaginé que venía a reconciliarse.
- Y me ha dicho que quiere estar conmigo, pero no quiero que crea que voy a ir corriendo detrás de él a la mínima de cambio.

- No hay quien te entienda...

Ruth salió de la habitación y se fue hacia el salón, dejándome sola. Me levanté rabiosa y fui detrás de ella, se suponía que debía quedarse a mi lado y escuchar mis penas, no pasar de mí.

- ¿En serio?
- En serio ¿qué? – seguía comiendo pizza sin parar.

- Me has dejado hablando sola – reclamé.

- La verdad no tengo ganas de escuchar estupideces.
- ¿Crees que mi vida es una estupidez? – a veces era experta en

hacerme la víctima.

- Creo que estás así porque te da la gana.
- Sí, claro, sufro porque me gusta.
- Pues si – dijo firmemente –, ha venido el chico a pedirte disculpas y vas y te haces la dura.
- ¿Qué cree, que puede decirme que soy un error y venir cuando le dé la gana?
- Deja el orgullo a un lado, tú quieres estar con él y el, contigo...vais a acabar separados por meras estupideces.

Me fui rabiosa y me metí de nuevo en la habitación. Algo dentro de mí sabía que Ruth tenía razón pero me costaba dejar el orgullo a un lado. Ir corriendo a los brazos de Armando después de haberme sentido humillada en su casa era algo que me costaba soportar.

Tenía claro que si alguno de los dos dábamos un poco el brazo a torcer nuestra historia de amor podía ser la más bonita del mundo, pero todo se había liado enormemente. Desde la cena con Susana, pasando por que su hermana me abriese la puerta y la desafortunada llamada de Víctor hizo que acabásemos así de mal.

Salí de la habitación y volví al salón, quería que Ruth siguiese aconsejándome. Era la única que sabía hacerme ver las cosas y controlaba mis cambios de humor.

- Entonces, ¿qué hago?
- Para empezar deja esa actitud orgullosa, ya has venido a pedirme consejo, ya no te pega.
- Está bien... – intentaba sonreír.
- Así de falsa no me gusta – Ruth encendió la tele.

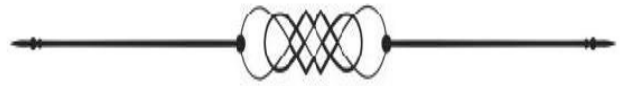
Respiré varias veces y volví a llamar su atención, me estaba poniendo demasiado nerviosa pero en parte era lo que necesitaba.

- ¿Así? – hice todo el esfuerzo del mundo por sonreír natural.
- Así está mejor...
- ¿Qué hago?
- ¿Tú qué quieres, estar con él?

- Si... – estaba segura de eso.

- Pues primero empieza por olvidar todo lo que ha pasado y tírate a sus brazos...
- ¿Qué hago, voy a buscarlo? – pregunté.
- Ya estás tardando.

Ruth me señaló la puerta con la mano y en ese momento tuve claro lo que había que hacer.



Capítulo 31

Volví a mi cuarto corriendo y elegí ropa bonita para ir a casa de Armando. Me metí en la ducha y me despejé, quería estar radiante para él. No tenía la seguridad de que fuésemos a acabar juntos aquella noche, pues entre su rechazo y el mío la situación no era perfecta, pero iba a intentarlo.

Ruth me ayudó a peinarme y me acompañó hasta el coche, estaba mucho más emocionada que yo. Si todo salía bien iba a ser la primera pareja forma que tuviese y siendo Armando, no podía pedirle nada más a la vida.

- Suerte, quiero ser cuñada – dijo mientras me subía al coche.
- Te aseguro que así será.

Arranqué y conduje a toda prisa a casa de Armando, ni quería que pasara ni un minuto más sin estar con él. Por el camino iba imaginando lo bonita que podría ser nuestra relación y por lo poco que pude comprobar, estaba segura de que nuestras relaciones sexuales iban a ser brutales.

Aparqué en el mismo sitio que los días anteriores, justo en frente de su puerta. Me arreglé un poco el pelo y el maquillaje y me dirigí hacia la puerta de la entrada. Aún era de día por lo que no había ninguna luz encendida.

Toqué varias veces al timbre y me dediqué a esperar que abriese la puerta. No sabía si saludarlo tímidamente y esperar a hablar o tirarme de una vez a sus brazos y comerle la boca apasionadamente. Me daba igual, cualquiera de las dos tenía que terminar con Armando encima de mí.

Pasaron varios minutos y nadie apareció por allí, así que volví a tocar de nuevo el timbre. Esperé de nuevo otros 5 minutos pero no obtuve ninguna respuesta, estaba claro que Armando no estaba en casa.

Decidí llamar a Ruth, no sabía si lo mejor era quedarme allí esperando como

una loca o volver a casa.

- ¿Tania?
- Hola Ruth...
- ¿Qué pasa?
- No sé, creo que Armando no está, he llamado como cien veces y no abren la puerta... ¿qué hago?

- ¿Está el coche aparcado allí?
- Sé que tiene garaje, así que es imposible saberlo...

- Entonces, no sé, espera un poco.

- No sé, me siento idiota aquí...

- No empieces con eso, ya eres idiota de serie ¿Qué más da que lo parezcas?
- Está bien – suspiré –, estaré aquí un rato más...

Colgué y me senté en las escaleras de la entrada de su casa. Cada coche que pasaba llamaba mi atención, esperaba que en algún momento fuese el de Armando, pero no fue así. El tiempo fue pasando y pasando, llevaba allí más de dos horas y comencé a desesperarme.

El sol se había ido y la noche empezaba a caer, ya no me agradaba nada seguir allí sentada sola. Volví a llamar a Ruth, necesitaba que me pidiera volver a casa para sentirme bien tomando aquella decisión.

- ¿Sí?
- Ruth... llevo más de dos horas aquí sentada...

- ¿No ha vuelto? – Ella también se sentía extrañada.

- Nada...
- No sé, hermanita, entonces mejor vuelve... ya sabes que las noches por ahí sola no son seguras...

- Sí, creo que será lo mejor.

– Te acompaño con la función de manos libres por el camino, ahora me quedo preocupada por ti.

– No, estaré pronto en casa – quería quitarle importancia al asunto.

– Insisto, aunque hablemos de tonterías... te acompaño hasta que llegues ¿ok?

La verdad me sentaba bien ir hablando por el camino mientras conducía a casa, necesitaba subir el ánimo de alguna forma. No quería ponerme a pensar tonterías sobre dónde estaría o no Armando, preferí intentar evitar el tema, al día siguiente íbamos a vernos de todos modos.



Capítulo 32

Me desperté con un sentimiento de vacío que nunca había sentido en mi vida. No estaba nerviosa al saber que iba a encontrarme con Armando inevitablemente, a pesar de todo lo que estaba pasando seguís siendo mi becario. Me sentía aburrída de a situación, sin ganas de luchar.

- Buenos días – Ruth apareció y se sentó a mi lado.
- Hola...
- ¿Sabes algo de mamá y papá? Ayer no me llamaron – empezó a servirse el desayuno mientras hablaba.
- No... me imagino que deben estar pasándoselo bien – me costaba sacar palabra de mi boca.
- Si, se supone que hoy llegan, espero que nos hayan comprado regalos.
- Si....
- No tienes ánimos de nada por lo que veo... – me miró detalladamente.
- No... la verdad, no.
- Al menos ponte la camisa al derecho ¿no?

Me miré y vi que era cierto, estaba haciendo todo con tan pocas ganas que ni me había percatado de eso. La miré y nos empezamos a reír, al menos con

ella podía desestresarme un rato de las cosas. Me quité la camiseta y me la puse adecuadamente, tampoco era cuestión de llegar haciendo el ridículo.

- No sé qué hacer cuando llegue a la oficina – la miré en busca de consejo.
- Lo que ibas a hacer ayer ¿no?

Me quedé pensativa, no sabía si era por mis ánimos o por el cúmulo de cosas que llevaba encima pero estaba completamente desmotivada

- Dile lo que sientes, no tiene más misterio, Tania.

Miraba a la nada mientras removía mi café una y otra vez. No lograba poner en orden mis sentimientos y ya no sabía exactamente cuáles eran los de Armando.

- ¿Voy a tener que ir contigo, como si fueras una niña pequeña?
- No digas tonterías...
- Me vas a obligar a llevarte y subir contigo para asegurarme que hablas con él.
- Hablaré si surge el tema, tampoco quiero forzar las cosas.
- No, querida, los temas salen cuando uno quiere, no seas cobarde.
- Lo haré, tranquila – necesitaba que dejara de darme el sermón.

Nunca hubiera imaginado que los temas amorosos fueran tan complicados. En cierta parte empecé a echar de menos la vida que siempre había llevado, en ella no había cabida para el sufrimiento. Quedaba con los chichos, tonteábamos, teníamos sexo y nos despedíamos hasta la próxima; así todo era más fácil.

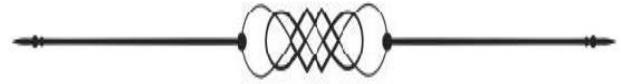
- Bueno, me marchó – me levanté y cogí mi bolso.
- Te deseo suerte, hermanita.
- Gracias, la necesitaré.

Me acerqué y le di un beso de despedida a mi hermana. No solía hacer esas

cosas pero de alguna u otra forma debía demostrarle que le agradecía enormemente el apoyo que me estaba mostrando.

Bajé por el ascensor hasta la calle para coger el coche e irme a la oficina. Me hubiera gustado pedir más días libres pero no podía abusar de la confianza de Susana; ya había faltado algunos y acababa de llegar de vacaciones.

– Está bien, Tania – me dije a mi misma – ve a conseguir al hombre de tu vida.



Capítulo 33

Llegué al parking de la oficina y vi aparcado el coche azul de Armando; la puntualidad era una de sus virtudes. Aparqué e hice unos ejercicios de respiración antes de bajar del coche para calmar los nervios y relajar mi corazón.

Me dirigí hacia el ascensor y me encontré con Rosa, una de las chicas de la oficina. No tenía muchas ganas de pararme a hablar con nadie pero me la había topado de frente y ya era difícil hacerse la tonta.

– Por fin llegas, llevo media hora esperándote – me sonrió.

Me di la vuelta y observé si había alguien más detrás de mí, era muy extraño que me dijera eso ya que yo no había quedado con ella en ningún momento.

– ¿Me estás hablando a mí?

– Sí, no hay nada más – giró la cabeza hacia los lados para darme a entender que no estaba equivocada.

– Perdona.... Pero... ¿hemos quedado o algo? – no sabía si ya estaba completamente loca o no.

– No, solo me han encargado que te de esto.

En las manos llevaba un sobre blanco gigante y me lo entregó directamente. Lo miré nerviosa y me apresuré a abrirlo; los nervios iban a matarme.

– Sigue las flores – leí en voz alta.

No entendía absolutamente nada de lo que estaba pasando y miré extrañada a Rosa, no podía entender nada de aquello.

– ¿Qué está pasando?

– Será mejor que lo averigües tú.

Me monté en el ascensor nerviosa, estaba claro que todo esto se trataba de una sorpresa. Leí una y otra vez la carta en voz alta; lo único que sabía era que tenía que seguir las flores. No tenía muy claro que significaba pero estaba segura que pronto iba a averiguarlo.

Las puertas del ascensor se abrieron y pude ver un largo camino de pétalos de flores en línea recta. Todos mis compañeros estaban mirándome y yo quería morir de la vergüenza. Salí del ascensor y me quedé parada mirando todo.

– Venga, sigue el camino – gritaron algunas de mis compañeras desde sus escritorios.

Empecé a caminar detrás del rastro de pétalos de flores y era algo realmente maravilloso. Había pétalos de margaritas, rosas, girasoles, dalias, claveles y rosas que combinaban perfectamente. Se veía todo demasiado bonito, digno de una película de amor.

Observé que el rastro de flores terminaba en la puerta del despacho de reuniones. Normalmente las persianas estaban subidas y se podía ver el interior, pero todo estaba cerrado. Dudé unos segundos y miré hacia atrás para buscar alguna pista sobre lo que tenía que hacer a continuación.

– Vamos, entra – Diana, la chica de los recados no dudó en animarme.

– ¿Qué es todo esto? – le pregunté.

Me sonrió y se quedó callada, al igual que el resto. Me sentía observada por toda la oficina y tenía un millón de ojos clavados en mí, quería que la tierra me tragase.

Miré de nuevo a la puerta, me acerqué y la abrí de un solo tirón. Dentro había un millón de globos rojos pegados en la pared y otro millón de pétalos de flores encima de la gran mesa del salón. Todo estaba lleno de regalos de distintos tamaño envueltos en papel dorado y grandes lazos.

Empecé a ponerme nerviosa, no podía creer que todo aquello fuese para mí. Nunca hubiese esperado algo así en mi vida pero me parecía la mejor sorpresa que nadie me hubiese preparado jamás.

Alguien se acercó por detrás y me tapó los ojos. No me hizo falta darme la

vuelta y mirar, reconocía ese perfume y el calor de aquellas manos.

– Si adivinas quien soy.... te quedas con todo eso – me susurró al oído.

– El hombre al que amo– respondí.

Me quitó las manos de los ojos y me di la vuelta, obviamente la única persona capaz de hacer eso por mí era Armando. Vi como mis compañeras empezaban a amontonarse en la puerta de la entrada deseando estar en primera línea para ver todo.

– ¿Qué es todo esto?

– Lo que te mereces, Tania.

– Es demasiado...– no podía dejar de mirar a mi alrededor.

– Sé que no está bien que te de tantas cosas materiales...pero quería hacerte algo bonito y demostrarte que quiero pasar el resto de mi vida contigo.

No pude evitar sonreír y ponerme colorada al verme inmersa en toda aquella situación.

– Esto es demasiado... no tenías que haber hecho nada...

– Esto es poco para todo lo que puedo ofrecerte.

Armando se acercó y me besó a la vez que me abrazaba fuertemente. Todas mis compañeras se pusieron a aplaudir como locas, parecían estar incluso más emocionadas que yo. Me agarré a él y le devolví el beso con toda la fuerza de mi corazón, definitivamente amaba a ese hombre.

De un momento a otro Armando se alejó de mí y se puso de rodillas, ahora sí que estaba lista para que me diese un infarto. Sacó de su bolsillo una caja cuadrada y la abrió. Dentro vi el anillo más hermoso que una mujer hubiese imaginado y estaba segura de que iba a ser mío.

Mis compañeras se pusieron la mano en la boca al ver lo que estaba haciendo Armando y lo que me ofrecía. No dudaron en ningún momento en sacar todos sus móviles y ponerse a grabar aquella escena.

– Tania, ¿quieres ser la mujer de mi vida?

– Si – dije emocionada – si y mil veces sí.

Armando me puso el anillo y se levantó a besarme de nuevo, no pude aguantar las lágrimas de la emoción. Todos volvieron a aplaudir y entraron en el salón a abrazarnos y a felicitarnos.

Miré a Susana, estaba igual de emocionada que yo. Las lágrimas salían de sus ojos sin poder controlarlas y me miraba sonriente.

– Enhorabuena – me abrazó.

– Gracias...

– Me he emocionado muchísimo, no sabía que lo vuestro estaba siendo tan especial.

– Te dije que él era diferente.

– Tenías toda la razón.

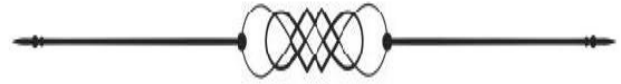
Nos sonreímos mutuamente, estaba segura de que se sentía muy feliz por todo lo que me estaba pasando.

– ¿Y piensas que después de todo esto vas a trabajar? Coge a tu chico e iros, os dos días libres.

Armando la escuchó y ambos nos abalanzamos a abrazarla. Sin pensarlo ni un segundo mis compañeras me ayudaron a bajar todos los regalos y nos fuimos al coche.

– Entonces... ¿a mi casa? – preguntó.

Afirmé con la cabeza, no había duda alguna de que teníamos que culminar el día de la mejor manera posible. Había conseguido que el mejor hombre de la tierra fuese mío y ya no iba a soltarlo nunca más.



Epílogo

Vivir en aquella casa era todo un sueño para mí. Me mudé al poco tiempo a vivir con Armando, estar rodeada de todos aquellos lujos era un sueño hecho realidad. Habíamos montado una habitación para los dos y disponía de un vestidor para guardar todas mis cosas.

Nuestras familias se conocieron pronto y mis padres estaban encantados con él, incluso más que yo. Todo iba sobre ruedas, nunca hubiese imaginado que aquel becario tímido que encontré en mi oficina iba a convertirse en mi compañero de vida.

Seguimos trabajando durante todo el año codo con codo en la oficina, disfrutando de la compañía que nos dábamos el uno al otro y pasando todo el tiempo juntos. No teníamos ninguna intención de separarnos para nada, queríamos disfrutar de todos los instantes que nos regalase la vida.

- Bueno, es mi último día de prácticas... – Armando me sonrió.
- ¿Tengo que ponerle nota? – puse voz de interesante.
- Tiene que calificar mi ayuda, si...espero que se comporte bien.

Me acerqué a él y me senté encima.

- Depende de cómo me beses, te puntúo.

Se acercó y me dio un beso incluyendo un mordisco en el labio.

- Mmmm, un 4...
- ¿Si? Te vas a enterar.

Me cogió la cabeza y me metió la lengua hasta el fondo, amaba sentir el calor de sus labios con los míos.

- ¿Un 6? – miré desafiante.

- Voy a tener que dejar de besarla, por lo que veo no me está saliendo bien.
- Nunca dejes de hacer eso.

Me acerqué y lo besé durante un buen rato, sentir que era mío hacía todos mis sueños realidad.

- No voy a soltarte nunca.

Nos quedamos toda la tarde pegados el uno al otro, como si jamás nos hubiésemos tenido. Todo aquello se estaba convirtiendo en la mejor experiencia de mi vida y no iba a desperdiciar ni un solo segundo.

Sabía que había tomado la mejor decisión de mi vida aunque nunca pensé que fuese a ser posible. Me había negado en el amor, no creía en él y por suerte me di cuenta que lo mejor que te puede pasar en la vida es amar a alguien y que te corresponda.